



*La colmena
& la barca*

*María Eugenia y Teresa Emmanuel
Dos vidas en seguimiento de Cristo*

A portrait of María Eugenia, a woman in a white headscarf, looking thoughtfully to the side with her hand resting on her chin.

María Eugenia

Un bicentenario, ¡se celebra! Más aún cuando se trata de nuestras Madres, a quienes debemos la vida de la Congregación.

Al celebrar el aniversario del nacimiento de Anne-Marie-Eugénie Milleret y de Catherine-Gertrude O'Neill, queremos celebrar toda su vida y su amistad al servicio de una fundación, de un proyecto.

Esta amistad les permitió superar muchos obstáculos que se interponían en el camino de la recién nacida Asunción. Acogida como un regalo, se tejió entre sombras y luces, llena de una humanidad que resuena en el misterio de la

Encarnación, fundamento de la Congregación. Nuestra celebración es una inmensa acción de gracias por este camino de amistad y por la «*gracia particular*» de cada una de estas dos mujeres, que se dejaron guiar por la mano amorosa de Dios, desplegando todas sus energías al servicio del Reino.

Este libro rinde un vibrante homenaje a la fecundidad del carisma al que dieron forma, compartiendo la riqueza de su personalidad y su vida espiritual, un carisma que les hizo vivir y que nos han legado.

A portrait of Teresa Emmanuel, a woman in a white headscarf, looking to the left.

Teresa Emmanuel

Al contemplar las vidrieras multicolores de sus vidas atravesadas por la luz de Dios, entendemos hasta qué punto «*los amigos son compañeros de viaje que nos ayudan en el camino...*» De hecho, hasta su muerte, María Eugenia y Teresa Emmanuel fueron verdaderas compañeras de viaje para las primeras hermanas de la Congregación, ayudándose una a otra para guiar la «barca» o animar la «*colmena*», dos imágenes para una misma obra.

Cada una a su manera, una y otra pusieron los fundamentos de la Congregación, sobre los que generaciones de hermanas continuaron la construcción, dejándonos la responsabilidad de enriquecer esta herencia, vivirla y compartirla.

La evocación de estos dos rostros se encomendó a tres Religiosas de la Asunción, en una redacción en capítulos complementarios, basándose cada uno en las dos personalidades. Que mi agradecimiento, que es el de toda la Congregación, repercuta en el entusiasmo con el que acogamos este libro, fruto de un trabajo de comunión fraterna, realizado con alegría y agradecimiento.

Que la lectura de esta obra nos conduzca por el camino trazado por nuestras dos Madres «*gemelas*», como un renacimiento.

Sor Martine Tapsoba
Superiora General

*«**C**ómo se ensancha mi corazón,
qué intuición de amor infinito lanza Dios
en él algunas veces; siento como una dilatación
del amor, siento que soy mejor,
y este aumento de la vida del corazón,
de la vida del alma... me da una alegría inefable.»¹*

Santa María Eugenia



Dios tenía para ella grandes proyectos

«Dios tenía para ella grandes proyectos (...) Dios la había destinado de hecho para su obra y ella tenía que ser, después de nuestra muy querida Madre y con ella, la principal piedra angular. Tenía una gran inteligencia, una naturaleza fuerte, generosa, independiente, orgullosa y un poco displicente; se notaba que esta naturaleza tan ricamente dotada sólo se plegaría bajo el yugo del amor divino. Había recibido una educación brillante y completa. Tenía el noble entusiasmo irlandés por todo lo grande y lo hermoso. A todo esto se añadía una sencillez que algunas veces llegaba hasta la ingenuidad y que tenía un gran encanto.»

Extracto de las memorias de la Madre María Teresa²

En una hermosa casa de Limerick, ciudad irlandesa en la desembocadura del río Shannon, nació Kate O'Neill el 3 de mayo de 1817, con un gemelo que murió poco después.

En su cuna se encuentran los frutos de la herencia familiar: la determinación, la fe y el amor a los pobres. El escudo de la familia O'Neill recuerda ciertamente el valor de un antepasado que, según la leyenda, tuvo la idea de cortarse la mano derecha y tirarla por delante de él para tocar el primero la tierra de

■ 1 María Eugenia, *Notas Intimas*, n°154/01, 1837.

■ 2 María Teresa (Joséphine de Commarque), *Memorias 1874 - M01 - I n°1*, p.6



niños pequeños y llevó a sus dos hijas, Kate y Marianne, a un convento de York, que acogía a todas las niñas nobles de la región.

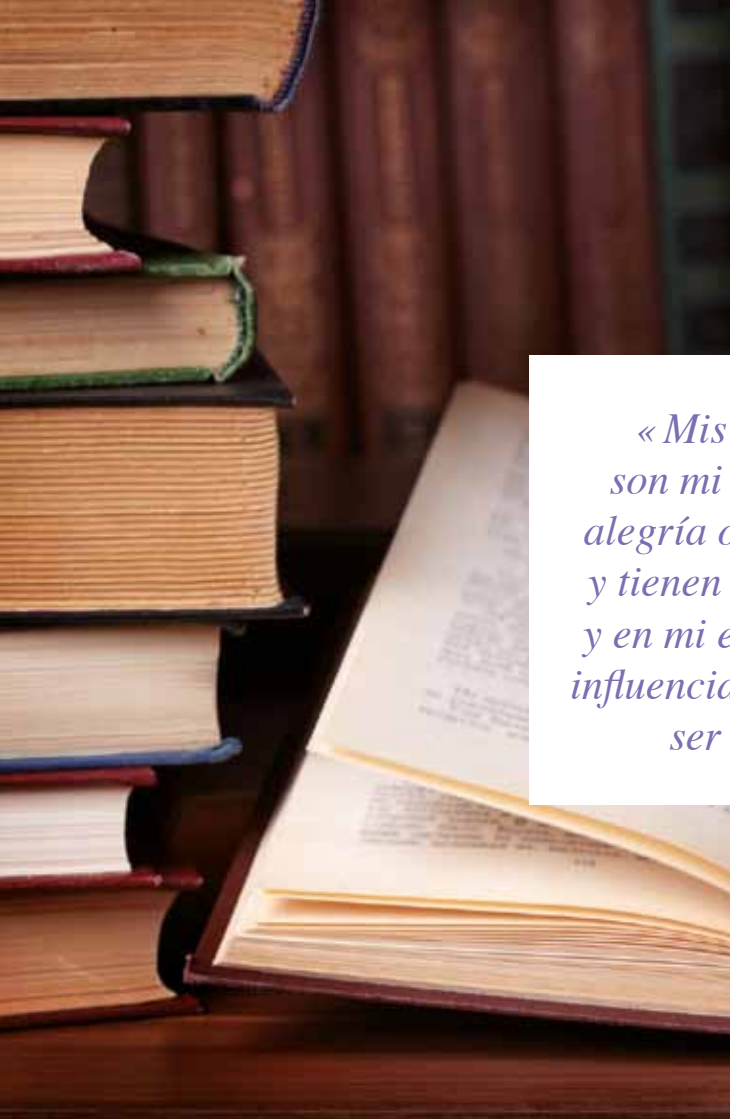
Irlanda, lo que le permitió convertirse en rey. El padre de Kate, Alan Francis, y su madre, Emily Howly, expresan su fe cada uno a su manera: el Sr. O'Neill, que ama el lujo pero reza el rosario todos los días, declarará al conocer su ruina: «El Señor lo dio, y el Señor lo quitó, bendito sea su Santo Nombre...»³.

La madre de Kate expresa su piedad a través de su amor a los pobres. En la noche de su muerte, cuando ya había dado tantas limosnas, quiso que se le diera algo a un mendigo que se presentó. A su hermana, que pensaba que daba demasiado, le respondió: «La caridad, Marguerite, la caridad...» Estas fueron sus últimas palabras. Murió unos instantes después. Kate tenía solo 7 años. El señor O'Neill se encontró solo con tres

Kate descubre las reglas austeras del lugar y se une a la «hermandad de la humildad», un estímulo para su fe. En York hace su primera comunión en la Nochebuena de 1827 y siente nacer en ella la llamada a la vida religiosa. Fascinada por la santidad y por la idea de la «pureza», no puede considerar otra forma de vivir para Dios.

Tiene un único deseo: ofrecerle su vida, trabajar por Él. A los 13 años, cae enferma y una religiosa le sugiere no perder el tiempo para santificar los años que le queden. Pero Kate no se plantea una muerte inminente: «Ella quería que yo muriera, pero yo sentía con fuerza que quería vivir y que tenía que trabajar para Dios».

■ 3 Cf. Job 1, 21



« Mis libros...
son mi mundo de
alegría o de tristeza
y tienen en mi alma
y en mi espíritu más
influencia que ningún
ser vivo. »

Otro día que se hirió levemente y su vieja criada le aseguró que no se iba a morir, se alegró pues le dolía la idea de morir sin haber hecho nada para Dios. Pero el señor O'Neill está preocupado por la salud de sus hijas debido a la austeridad del convento de York. En 1834, las lleva a New Hall. La «libertad» es allí la palabra clave. El corazón de Kate se dilata,

disfruta con la solemnidad de la liturgia y el alto nivel de los estudios, características que introducirá en la forma de vida de las Religiosas de la Asunción. Su deseo de vida espiritual se fortalece, su inteligencia le plantea mil preguntas y cuestiona su fe. Sólo lamenta que su confesor no le anime, es para ella, como un «jarro de agua fría», dice.

En respuesta a sus preguntas, se limita a responder: «Déjalo en paz [...] Olvídalo.» Esto no bastará para frenar la búsqueda interior de Kate que tiene que salir de New Hall a los

17 años por una enfermedad. Conserva un gran amor por la vida monástica y su amor por la liturgia que, junto con los estudios, forman la mente y el corazón.

Marianne precedió a Kate unos meses. Juntas, encuentran de nuevo la vida mundana con su padre y su familia, disfrutando de la hospitalidad sencilla y franca, típica de Irlanda. Kate es guapa, inteligente; su padre tiene una hermosa propiedad. La cortejan pero no pierde de vista su deseo de ser religiosa. Se pregunta si el mundo no es más que «una pompa de jabón hueca y vacía», donde reinan «la vanidad, el pecado, la pasión y la lucha», y si no es utópico imaginar que la vida de clausura es un remanso de paz y tranquilidad⁴.

Percibe que la vida comunitaria debe tener aspectos muy dolorosos, como ella dice, pequeñas picaduras de insectos que hay que mantener lejos. Siente que la vida feliz en el mundo es sólo una felicidad pasajera y adivina que el afecto humano nunca bastará para colmar su deseo de amar: «¿No es mucho mejor dar a Dios estos afectos que ninguna criatura podrá llenar y dedicarle mi vida?» Pero también se pregunta sobre su propia

capacidad de dejar el espíritu del mundo y entrar en el de Dios: «¿Podré someterme a esta continua abnegación de la voluntad y del espíritu, a esta separación de todos los temas de interés profano?» Tiene miedo de perder su libertad al entrar en el convento. Se plantea finalmente todas las preguntas, que quien escucha la llamada de Dios siente surgir en su espíritu.

En la vida mundana, Kate solo encuentra en realidad tedio y aburrimiento. Su carácter radical, enamorada de la santidad, no se contenta con la insignificancia de la vida en sociedad. Vive una cierta soledad, que no le preocupa, pues al dejar de lado los afectos humanos encuentra refugio en sus libros: «Estoy totalmente preparada para hacer la peregrinación de la vida sin amigos más queridos y más íntimos que mis libros. Ellos son mi mundo de alegría o de tristeza y tienen en mi alma y mi espíritu más influencia que ningún ser vivo.»⁵

Kate está animada por un inmenso deseo de aprender. Por la lectura, su inteligencia se ensancha y su pensamiento se nutre. Es precisamente una de estas lecturas, la de Madame de Genlis, la que le da la idea de ir a Francia para aprender francés y ampliar así el círculo de su cultura y sus conocimientos.

■ 4 Trabajo de Sor Claire Emmanuel, Cuadernos manuscritos (biografía de Teresa Emmanuel hasta la fundación de Richmond -0'NG2 - a), billete del 10 de noviembre de 1836.
■ 5 *Ibidem*



Convence a su padre para dejarla ir con Marianne y empieza a buscar un lugar que pueda acogerlas. Después de recibir la negativa de las Hermanas del Sagrado Corazón, las jóvenes son admitidas como internas en la Abbaye-aux-Bois, donde vivió Madame Recamier y donde iba con frecuencia el señor de Chateaubriand.

Se marchan en enero del 1837, acompañadas por Modesta, su fiel criada. Pero las ocasiones para practicar el francés se limitan a visitas ocasionales de la superiora y a salidas a París con la hermana portera.

Después de un año, se trasladan a un pequeño apartamento, fuera del convento, lo que les permite salir cuando quieren, acompañadas, por supuesto, por Modesta; ¡y obtener permiso hasta medianoche! Kate no cae por eso en la tentación de una vida frívola. Va a misa todos los días y queda impresionada por la liturgia que le atrae profundamente. La idea de la vida religiosa no le ha abandonado hasta entonces, pide intensamente a Dios que le ayude a encontrar el convento que busca y a superar los obstáculos derivados del afecto excesivo de su hermana Marianne.

La fuerza del amor

« Hay en ella una fuerza que supera a todas las demás, lo amable de ella (...) lo que más se admira en ella, es un corazón lleno de ternura, de bondad y delicadeza. Su capacidad intelectual es muy rara en una mujer; capta inmediatamente las cuestiones más difíciles, las hace y las explica del modo más claro y nítido. Entiende los asuntos como el hombre de negocios más hábil. Pero su don más maravilloso es para todo lo relacionado con las cosas de Dios, para todo lo que es de la vida religiosa y todo lo que es de orden sobrenatural. »

Extracto de las memorias de la Madre María Teresa ⁶

Ana Eugenia Milleret, hija de un rico banquero de Lorena, nace unos meses después que Kate O'Neill, el 26 de agosto de 1817, en Metz, Francia, en un hogar burgués de la calle del Haut-Poirier.



⁶ María Teresa (Joséphine de Commarque), Memorias 1874 - M01 - I n°1.

Tres hermanos, Eugene (14 años), Charles (4 años) y Louis (2 años) se asoman a su cuna. Elisabeth nacerá unos años más tarde. La vida familiar transcurre entre la propiedad de Metz y el castillo de Preisch, situado a cuarenta kilómetros de la ciudad, en los confines de Francia, Luxemburgo y Alemania. Las ventanas del castillo se abren a varias fronteras y las extensiones naturales que la rodean imprimen en el espíritu de la niña el anhelo por los grandes espacios abiertos, de los que dirá que «*hacen a las naturalezas más vigorosas*»⁷.

Recordando su infancia, escribió en una carta al Padre Lacordaire: «*Me crié en una familia no creyente que pertenecía a la oposición liberal de la Restauración. Mi madre, sin embargo, quería verme cristiana...*»⁸ Mujer enérgica y de carácter, a quien no le gustaban las muestras de afecto, la señora Milleret transmite a su hija el significado de la «*renuncia*», del deber. Es ella quien ayuda en los estudios a su hija: Ana Eugenia tiene que estudiar en casa a causa de la fiebre tifoidea.



Le enseña que el trabajo de la inteligencia debe tocar el corazón, la voluntad y el carácter, uniéndose a la pasión que anima las profundidades del alma.

De este modo la libertad, el contacto con la naturaleza, el gusto por la belleza, son, para la Sra. Milleret, tan importantes como la acumulación de conocimientos. Esta educación vigorosa, pero atenta al ritmo de cada uno, respetando las etapas de la edad, hará decir más tarde a María Eugenia que «*se perjudica a los niños queriendo hacer de ellos pequeños fénix de ciencia*

a la edad de ocho años: la inteligencia pierde, y la fuerza moral se debilita»⁹.

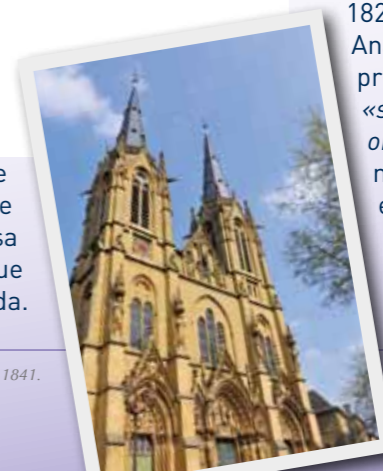
La educación del carácter le parece a Ana Eugenia «*más cristiana que muchas educaciones extremadamente religiosas*»¹⁰.

Ernestine Pruneau, su prima, dijo de ella que tenía «*un carácter franco y alegre*», con «*una gran madurez para su edad y un tacto exquisito*»¹¹. Ernestine se basa en sus recuerdos de infancia de pequeños ejemplos de la rectitud de Ana Eugenia: un día, mientras paseaban por el recinto ferial, Ana Eugenia finge no apreciar el regalo que quería ofrecerle un amigo de la familia, simplemente para no abusar de su generosidad. Ernestine evoca también el día en que el padre de Ana Eugenia fue nombrado diputado de Moselle: la casa resuena de cumplidos pero la niña, aunque feliz, se muestra serena y calmada.

¡No se le sube a la cabeza y continúa tranquilamente sus juegos infantiles!

Con su madre, Ana Eugenia descubre también la atención a los pobres y el encuentro con ellos. Esta experiencia se complementa con las conversaciones que la niña escucha a veces en los salones de su padre, que abren su mente a las cuestiones políticas y sociales; más adelante, encontrarán su lugar en la definición de la misión educativa de la Asunción. En este camino donde, según sus palabras, «*Cristo estaba totalmente ausente*», en 1829, el día de Navidad, Ana Eugenia hace su primera comunión, «*sola*», «*sin las preparaciones ordinarias*»¹²; pero ese momento marcará una etapa de gracia en su fe. Se abisma en la inmensidad de Dios y ya se deja coger por

Un amor indisoluble acaba de nacer.



■ 7 Cf. Estudios de archivos nº5, Un proyecto de educación del siglo XIX.

■ 8 María Eugenia, Carta al Padre Lacordaire, nº1.501, 13 de diciembre de 1841.

■ 9 Cf. Estudios de archivos nº5, Un proyecto de educación del siglo XIX.

■ 10 María Eugenia, Carta al Padre Lacordaire, nº1.501, 13 de diciembre de 1841.

■ 11 Cf. Partage Auteuil, nº15.

■ 12 Cf. María Eugenia, Notas Intimas, nº178/01.

Él, y percibe la llamada a distanciarse de todo lo que ahora la llena. Buscando a su madre al volver de comulgar, oye una voz interior: *«Perderás a tu madre, pero yo seré para ti más que una madre. Llegará un día en que dejarás todo lo que amas para glorificar y servir a esta Iglesia que no conoces»*. Un vínculo de amor indisoluble acaba de nacer.

Las rupturas y las separaciones, la niña está lejos de imaginar que las vivirá antes de lo esperado. En 1830, su padre se arruina, víctima de la inestabilidad política y financiera de su tiempo. Ernestine recuerda que Ana Eugenia estaba en ese momento, *«madura por la desgracia, pero buena, tranquila y resignada»*.



Se acuerda de ella, insistiendo en prepararle una merienda con la mermelada guardada en el único armario que aún no había sido precintado en Preisch. Se vende la propiedad y los esposos Milleret se separan. Ana Eugenia va con su madre a París, apenada por dejar a su hermano Louis, fiel compañero de juegos y amistad.

En 1837 escribe al Padre Combalot que estas vicisitudes habían pasado sobre ella, *«como el viento sobre una brizna de hierba»*¹³.

Pero en 1832, la Sra. Milleret muere por una epidemia de cólera que asola París y toda Francia. Ana Eugenia confiesa que entonces *«comenzó a sufrir verdaderamente...»* Los días pasan, le parecen vacíos e inútiles¹⁴. Comienza una larga búsqueda.

■ 13 Cf. María Eugenia, Carta al Padre Combalot, n°3, 14 de julio de 1837.

■ 14 Ibidem

«Cuando se anuncia por primera vez al ser humano la alegría de la humildad, de la pobreza, del sufrimiento, este se queda admirado, siente en el fondo de sí mismo estremecerse su corazón de pavor y a la vez de atracción. Esta palabra le asombra, no la comprende bien, siente que contradice toda su naturaleza y que, sin embargo, le eleva...»

María Eugenia, Notas Intimas, n°152/01

Acogida en casa de la señora Doulcet, esposa del Recaudador General de Chalons, comprende que nada puede colmar los sueños de su corazón y sus necesidades de afecto. Experimentó el malestar y el aburrimiento de la vida, de la vana huida en la mundanidad: *«Trataba de dejarme llevar por este fatalismo alegre, que hace tomar las cosas como vienen, pensar sólo en reír y hacer reír, olvidando el pasado y burlándose del futuro. A veces me embriago con esta dolorosa borrachera...»*¹⁵.

Cortejada, admirada por su vivacidad de espíritu y, sin embargo, sola en el mundo, segura de que quienes cantan sus alabanzas podrían olvidarla al día siguiente. También se pregunta sobre los fundamentos de la fe cristiana en la que reconoce la única vía que le permite elegir hacer el bien¹⁶.

Busca esa palabra divina y creadora que se perdió en la mente y el corazón del hombre, palabra que Cristo viene a repetirnos por su Encarnación¹⁷. Escucha a través del Evangelio una formidable llamada a la coherencia de vida que la llevaría a tomar decisiones, a hablar y actuar de manera muy diferente de lo que haría si no se fuera creyente.

■ 15 María Eugenia, Notas Intimas, n°151/01.

■ 16 Cf. María Eugenia, Notas Intimas, n°152/01.

■ 17 Ibidem

Su padre, notando su malestar en el ambiente mundano, le propone instalarse en casa de la señora Foulon, una prima piadosa. Ana Eugenia dirá de ella y de sus amigas: *«Me aburríeron, me parecieron estrechas... Este fue tal vez mi mayor peligro»*. La joven rechaza la fe que parecen encarnar: una fe que sería sólo el barniz de la vida, sin armonía con la inteligencia, que no se traduciría en consecuencias prácticas en la vida del creyente, una fe que, en definitiva, no lucharía por nada grande. En pleno corazón de esta lucha, durante la Cuaresma de 1836, Ana Eugenia va a Notre Dame de París para escuchar la predicación del Padre Lacordaire.

*«Se apoya en Dios,
el único que le
ha amado, buscado
rescatado, urgido.»*



Allí, durante la larga espera, presenta a Dios sus preguntas y dudas. Las palabras del sacerdote vienen a responder a sus aspiraciones y completan su comprensión de las cosas. Reavivan en ella el sentido del

deber y del bien, dándole una nueva generosidad: *«Estaba verdaderamente convertida»*¹⁸.

Su fe, ahora, no vacilará más. Desde entonces, una pregunta le persigue: ¿cómo podría darle sus fuerzas a Dios? ¿cómo participar en la venida del Reino de Cristo en el mundo? Presiente que la vida religiosa es para ella una vía segura, que le evitará caer en las trampas del mundo, pero desecha la ilusión de una perfección fácil de alcanzar. Al prepararse para recibir el sacramento de la confirmación, se apoya en Dios, el único que le ha *«amado, buscado, rescatado, urgido»*¹⁹...



■ 18 Cf. María Eugenia, Carta al Padre Lacordaire, n°1501, 13 de diciembre de 1841.
■ 19 Cf. María Eugenia, Notas Intimas, n°153/01.

Los caminos se unen en torno a la obra naciente

«La compensación que nos hacía soportar todo, era el gran afecto que nos unía las unas a las otras y el cariño que teníamos todas por las ideas de la obra naciente...»

Extracto de las notas dictadas por María Eugenia²⁰

Es entonces cuando se teje la sorprendente trama de los inicios de la Asunción. Durante la Cuaresma de 1839, Kate O'Neill, que dejamos en la Abbaye aux Bois, con Marianne y Modesta, sigue en Saint Sulpice, la predicación de un cierto Padre Combalot, que le parece, a primera vista, demasiado entusiasta y exagerado. Como busca un confesor bastante amplio de espíritu para tomar en serio su deseo de vida religiosa, la originalidad del predicador la tranquiliza y se presenta a él una mañana para confesarse. Después de preguntarle si estaba casada, el sacerdote la convoca en su casa esa misma tarde. Ella se presenta allí y el Padre Combalot es categórico: «Dios te quiere y debes ser religiosa (...) Dios te quiere en una obra que debo fundar».

■ 20 Notas dictadas por Nuestra Madre Fundadora sobre Madre Teresa Emmanuel – n°1 (O'Ni a).

Ante tal afirmación, todo se resiste en ella. Le expresa al Padre Combalot objeciones tan razonables como evidentes: «Usted no me conoce y no puede juzgar, necesita personas para su obra, no tiene a nadie para estar con la señorita Eugenia...»

«¿Estar con la señorita Eugenia?» Esta última había recorrido ya una parte del camino. De hecho, Ana Eugenia, a quien el Padre Combalot acostumbra ahora a llamar «señorita Eugenia», se le presentó a él en Saint Eustache, durante la Cuaresma de 1837. A ella tampoco le sedujo inmediatamente su predicación, pero, movida por Dios, irá a la cita. Después de una primera reunión difícil, se convierte en su confesor y le habla de su proyecto de fundar una Congregación que, apoyada en una fuerte vida contemplativa, realizaría un proyecto educativo para niñas, en vistas a la transformación de la sociedad por los valores del Evangelio.

Ana Eugenia desea dar su vida a Cristo y servir a la Iglesia, ¡pero no se ve fundadora! Alega su inexperiencia, su juventud, su desconocimiento de la vida religiosa: «Me ha creído capaz de pertenecer a Dios, de servirle en un estado de virginidad y me ha hablado de un Instituto de educación. Esto es muy bueno, lo sé, pero creo que no estoy llamada a ello»²¹.

«No puedo hacer nada a medias, quiero vivir de fe»

María Eugenia
Notas Intimas, n°161/06

El Padre Combalot la persigue y ella quiere poner fin a su relación. Una verdadera lucha interior se libra en ella, a través de la cual comprende poco a poco que «Dios [la] conduce con especial cuidado»²². Ella no cree en el azar y lee en las circunstancias imprevistas que se presentan el signo de la benevolencia de Dios. La batalla de Ana Eugenia terminará el día de su

confirmación, el domingo después de Pascua: «Mi vocación estaba clara, la confirmación fue para mí la puerta de una nueva vida».

■ 21 María Eugenia, Notas Intimas, n°154/05.
■ 22 María Eugenia, Notas Intimas n°159/01.

«El Espíritu lucha conmigo como una águila, algunas veces todas las fuerzas de mi alma se revuelven (...) Me siento quebrantada, aniquilada, palpitante, temblorosa como la hoja; pero si me uno a la voluntad de Dios, si, como sierva, me pongo por completo a su disposición con la voluntad de hacer lo que quiera (...) enseguida recupero la paz, la oración, todo se vuelve dulce, fácil, ya no me asusta nada.»

María Eugenia
Notas Intimas, n°154/04



Escribe en julio al Padre Combalot: «Nuestro Señor me dio un gran atractivo por vuestra obra, soportaré de buen grado muchas cosas para dedicarme

completamente a ella si se hace...»²³ Después de una estancia estival en Lorena, donde tiene la oportunidad de medir las resistencias de su familia, siente que, a pesar de todo, debe continuar su camino. Se retira, en noviembre de 1837, a las Benedictinas del Santísimo Sacramento, en París, donde puede leer y estudiar a voluntad.

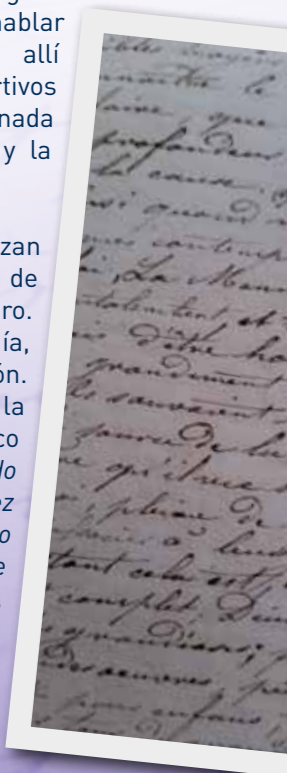
Se plantea incluso la posibilidad de reunir allí al pequeño núcleo fundador, ¡que todavía no existe!²⁴ Finalmente, recibe el permiso de su padre y se une al Monasterio de la Visitación de la Côte-Saint-André en agosto de 1838. Ahí continuará sus estudios, aprendiendo los fundamentos de la vida religiosa y preparándose en secreto, segura de que Dios la conduce para convertirse en la piedra

angular de la Congregación de las Religiosas de la Asunción. En el corazón de una batalla siempre presente, de la que dan testimonio su correspondencia con el Padre Combalot entre 1837 y 1839 y sus notas íntimas²⁵, la certeza de ser amada locamente por Dios le da la fuerza para seguir adelante: «¿Cómo podría preocuparme de algo y no tener por el contrario una gran confianza, cuando Dios siempre viene en mi auxilio milagrosamente?»²⁶.

Hemos dejado a Kate en el momento en que el Padre Combalot se reúne con ella en su despacho. Él la espera: «Hija mía, no le des más vueltas, es voluntad de Dios, hay que cumplirla; deja de poner objeciones: así será». Kate vuelve a verle y, a pesar de las crisis de Marianne, triste y furiosa a la vez ante una vocación que se perfila en su hermana, a pesar de su propia frialdad ante la idea de embarcarse en una aventura que aún no ha nacido, Kate accede a encontrarse con «la señorita Eugenia» a su regreso de la Visitación, en abril de 1839: «En la iglesia del Carmen la vi por primera vez, a los pies del altar de la Santísima Virgen. El Señor Combalot nos hizo encontrarnos allí, Nuestra madre, Sor Marie

Augustine y yo, antes de que nos hubiera presentado las unas a las otras.» Primer encuentro, sin palabras, al que seguirá un segundo, donde es imposible hablar de la obra pues Marianne está allí presente. Estos dos momentos furtivos bastan para que Kate quede impresionada por la profundidad de Ana Eugenia y la inspiración que emana de ella.

Anastasia Bévier y Ana Eugenia comienzan su vida en común el 30 de abril de 1839, después de un breve retiro. Kate se une a ellas dos veces al día, para las clases de latín y religión. La conversación es limitada y la independencia de Kate da un poco de miedo a Ana Eugenia: «Cuando Kate O'Neill llegó por primera vez a verme a la calle Férou, lo orgulloso y lo hermoso de su actitud me asustó. Tenía la figura de un ángel, pero de un ángel al que le faltaba poco para ser un ángel rebelde. En la intimidad que se estableció entre nosotras en Meudon, encontré



■ 23 Cf. María Eugenia, Carta al Padre Combalot, n°3, 14 de julio de 1837.
■ 24 María Eugenia, Carta al Padre Combalot, n°14, 13 de diciembre de 1837.

■ 25 Cf. Textos Fundadores, Volumen II.
■ 26 María Eugenia, Notas Intimas, n°161/01.

■ 27 María Eugenia, Notas dictadas sobre Madre Teresa Emmanuel, n°1 (O'NI a).

su alma tan orgullosa como su exterior»²⁷. Por su parte, Kate la encuentra fría y reservada: «Empecé temiéndote pero después te quise mucho.»²⁸ En ese tiempo, Ana Eugenia siente caer sobre sus hombros, tan poco preparados, la pesada responsabilidad de la obra que comienza. Pasa largos tiempos en oración en San Sulpicio.

Durante el verano de 1839, sin saber apenas lo que llegará a ser la comunidad naciente, se reúnen tres jóvenes que encontraremos en el siguiente capítulo: Ana Eugenia Milleret, Anastasia Bevier y Kate O'Neill.

Se esconden para rezar el Oficio, para escapar de la mirada de Modesta, la criada de las dos irlandesas, y se descubren unas a otras: «En esta mayor intimidad que teníamos en Meudon, aprendí a conocer mejor a nuestra querida Madre; y cuanto más la conocía más me unía estrechamente a ella. Poseía inmensamente todas las cualidades que convenían a una fundadora y muy especialmente la prudencia y la estabilidad.»²⁹

El futuro es incierto, pero la mirada de las jóvenes se halla, como escribirá Madre María Eugenia al P. Lacordaire unos años más tarde, «toda en Jesucristo y en la extensión de su Reino»³⁰.

■ 28 Trabajo de Claire Emmanuel, Cuadernos manuscritos (biografía de M. Teresa Emmanuel hasta la fundación de Richmond –O'NG2 – a).

■ 29 Teresa Emmanuel, notas dictadas a Madre Madeleine de Jesús (sobre su infancia y juventud), O'NI a.

■ 30 María Eugenia, Carta al Padre Lacordaire, n°1.502, 4 de febrero de 1842.



«Ella tiene, sin embargo, más diferencias que semejanzas conmigo...»³¹ es esto lo que María Eugenia escribió al Padre d'Alzon sobre la Madre Teresa Emmanuel en 1842. La historia de la infancia y de la vocación de las dos mujeres resaltó lo que las unía, a pesar de todo lo que podría separarlas. Si una está familiarizada con la fe cristiana, la otra puede parecer estar alejada, pero su búsqueda insaciable, su atracción por el absoluto, las acerca sin lugar a dudas. Dos corazones que la vida mundana nunca podrá llenar. Dos inteligencias abiertas. Kate lleva consigo, como un regalo para el proyecto en ciernes, su amor por la liturgia y la vida monástica. Ana Eugenia vibra con la idea de transformar la sociedad por los valores del Evangelio y avanza, dotada de la educación recibida de su madre; esto le ayudará a redactar el proyecto educativo de la Asunción. Cogida por el amor de Dios, quiere dejarlo fluir por sus manos: «Cuando, después de la fe, encontré el amor, todas [las] cosas palidieron ante mí, deseé que todo se silenciara.»³² A dos voces y con cada una de las hermanas que se les unan, realizarán un meticuloso entramado que atravesará los tiempos.

■ 31 María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, n°1.574, 3 de enero de 1843.

■ 32 María Eugenia, Notas Intimas, n°161/03.

*«**H**e deseado con un ardor creciente,
que le agrade a Dios fundar en su Iglesia órdenes...
para dar a los jóvenes... un carácter más fuerte,
más abierto, más inteligente, más cristiano
y sobre todo, también más noble y más libre.»³³*

Santa María Eugenia

El espíritu de los comienzos

Ya conocemos a las primeras hermanas que respondieron con pasión a la llamada a la entrega total de sí mismas a Cristo. La historia de la fundación de las Religiosas de la Asunción y la de las primeras fundaciones de comunidades es, ante todo, la historia del amor audaz de jóvenes valientes, que supieron perseverar en medio de múltiples pruebas que sembraban su camino. La relación con Cristo les daba la fuerza y la dirección necesarias, pero también el apoyo que se daban entre sí al vivir, orar y trabajar juntas en comunidad. «Comenzamos en un apartamento pobre y pequeño, y después en casas alquiladas. Éramos unas pobres chicas sin un lugar en la tierra. Dios dio los conventos, jardines, internados, capillas... Todo viene de Él. ¿Quién sabía que tendríamos el Oficio solemne y el Santísimo Sacramento expuesto en tantas capillas? Todo esto, ¿quién lo preveía? Sólo Nuestro Señor lo conocía...»³⁴

Cuarenta y cinco años después de la fundación de las Religiosas de la Asunción en 1884, María Eugenia lo contó en un relato que conmovió el corazón y la imaginación de las hermanas. Imaginémoslas, reunidas alrededor de su fundadora, que comparte con ellas sus recuerdos de los primeros años, maravilladas por lo que Dios había realizado a partir de comienzos tan humildes. Del mismo modo que se unen a cada palabra de los recuerdos de María Eugenia, participando en su acción de gracias y alimentándose de sus palabras de fe, así también se nos invita a participar de este recuerdo. A través de su historia, tenemos el privilegio de encontrarnos con el mismo Cristo que las ha llamado, guiado y sostenido.

«En nuestra obra todo es de Jesucristo, todo pertenece Jesucristo, todo debe ser para Jesucristo», dice María Eugenia con pasión. En esta Instrucción de 1884, subraya que Cristo

mismo es el «*porqué*» y el «*cómo*» de las Religiosas de la Asunción. ¿No era Jesucristo quien «*de lejos y de cerca, por sus atractivos todopoderosos nos atraía a su servicio?*»

María Eugenia continúa diciendo que Él llamó a una gran diversidad de hermanas con personalidades muy diferentes, a veces incluso opuestas. «*Cada una trabajó según su capacidad*», pero lo que sobre todo se les encomendó fue «*entregarse sin reservas a designios aún desconocidos*», y esto, ya lo hemos visto, implicaba cantidad de luchas.

Los inicios de la Congregación no habrían podido ser más ocultos ni más humildes. Ana Eugenia y Anastasia comenzaron su vida común el 30 de abril de 1839, el día de la fiesta de Santa Catalina de Siena, en un pequeño apartamento de la calle Férou nº 15, cerca de la Iglesia de Saint Sulpice.

Los días se organizaban según un horario de oración, silencio y estudio, bajo la dirección del Padre Combalot, que perseguía con celo su proyecto de fundar una Congregación femenina dedicada a Nuestra Señora de la Asunción y a la regeneración de la sociedad a través de la educación de las niñas y jóvenes.

Esta era la oración de María Eugenia, incluso antes de la fundación:

« En cuanto pongo todo en sus manos, siento una paz interior tan profunda, tan suave, tan dulce... »

*María Eugenia
Notas íntimas, nº 154/04*



■ 33 María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, nº1.627, 5 de agosto de 1844.

■ 34 María Eugenia, Instrucción de Capítulo, 2 de mayo de 1884.

Las primeras hermanas

Anastasia no era la primera joven que el Padre Combalot invitaba a unirse a María Eugenia, pero sí fue la primera que realmente respondió. De hecho, deseaba entrar en una Congregación y, al ser huérfana, estaba personalmente más libre que las otras. Ella cuenta cómo, después de una profunda experiencia espiritual vivida durante un paseo en París, se sintió impulsada a dar toda su fe a Cristo.

Fruto de esta fe recién descubierta, tomó entonces la decisión de consagrarse a la educación cristiana. «Aprenderás latín, leerás todo eso», le dijo el Padre Combalot mostrándole su biblioteca. Ella respondió: «Soy de las suyas»³⁵. Así, cuando va a confesarse a la capilla de los Carmelitas, él, evidentemente, le habla de su proyecto y le invita a ir a su casa. Cautivada por sus palabras, se deja convencer fácilmente para unirse a la señorita Eugenia.

En la futura Congregación, podría cumplir, a la vez, su deseo de estudiar y de entregar totalmente su vida compartiendo su fe y sus conocimientos.

Se esperaba a un pequeño grupo de jóvenes para los próximos meses. De hecho, unos días más tarde llegó un tercer miembro de la comunidad: Joséphine Néron, una amiga de infancia de Eugenia. Aunque su salud frágil provocó su salida poco después, su presencia permitió vivir en comunidad, casi desde el comienzo de la Congregación. Como ya vimos, Kate y su hermana Marianne venían todos los días a los cursos dados por el Padre Combalot, pero no vivían en comunidad.

En los primeros tiempos, el humor de Anastasia, que era una de sus grandes cualidades, hacía el ambiente más ligero. Esto no impidió que, a lo largo de los meses y de los años siguientes,

la vida comunitaria con Anastasia, que tomaría el nombre de Sor Marie Augustine, se convirtiera en una batalla permanente para María Eugenia. Así se lo confió ella misma al Padre d'Alzon: «haga lo que haga, todo su ser es una pesadilla para mí»³⁶. Tampoco Kate, personalidad fuerte, independiente y con mucho talento, fue de fácil trato para María Eugenia. Lejos de ser la reunión idílica de amistades compartidas, la comunidad fue una obra de construcción exigente para las primeras hermanas, que hacían todo lo posible para mantener el espíritu de familia, «una sola alma y un solo corazón orientados hacia Dios», de la Regla de San Agustín que tenían que adoptar³⁷.

Después de tres meses en el pequeño apartamento de la calle Férou, la comunidad se trasladó para el verano a una casa alquilada en Meudon, en el campo, al suroeste de París. Allí se les unieron Kate y Marianne, y después Joséphine de Commarque, la futura Sor María Teresa.

«Sentía que la Providencia me llevaba de la mano y me conducía»

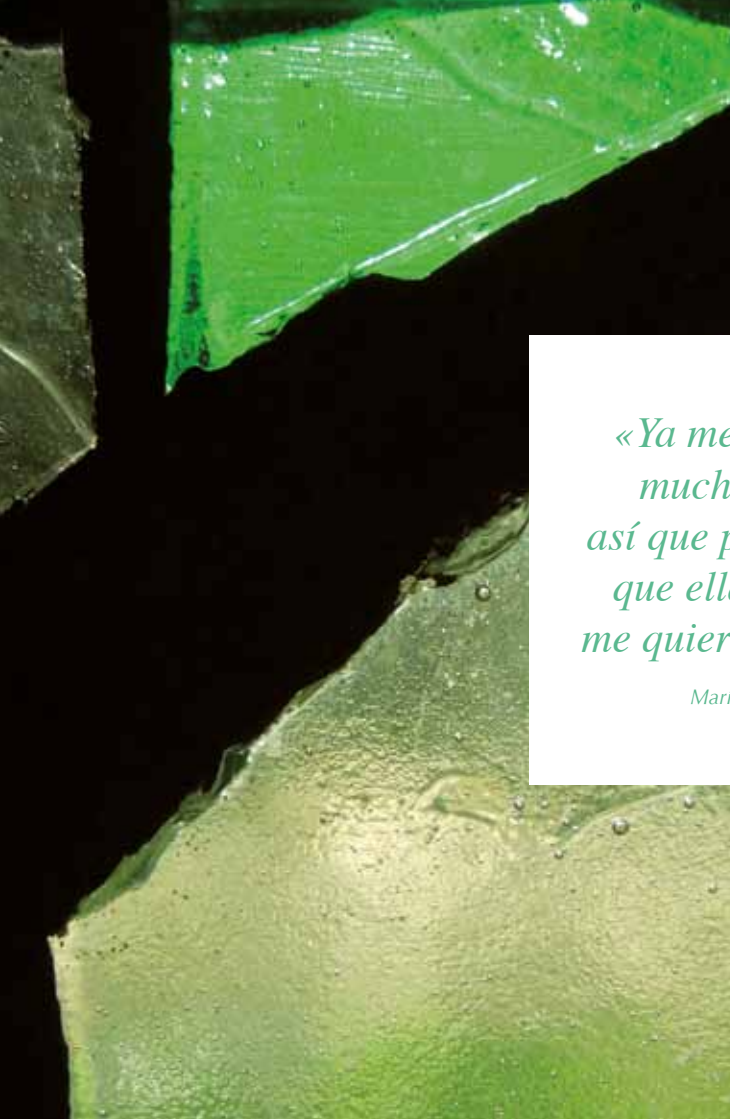
María Eugenia
Notas de Sor María Teresa, Orígenes 1

■ 35 Los Orígenes de la Asunción, I (Ed. 1898), p 237.

■ 36 María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, n°1.610, 5 de marzo de 1844.

■ 37 Regla de San Agustín, 1.2.





*«Ya me he unido
mucho a ella,
así que puedo creer
que ella también
me quiere un poco.»*

María Eugenia

Ya vimos los métodos utilizados por el Padre Combalot para atraer a Ana Eugenia, Kate y Anastasia a la nueva comunidad. La llamada de Joséphine fue también muy original. Al enterarse de que esta joven quería entrar en el Carmelo, pero que su salud se lo impedía, el Padre Combalot la invitó insistentemente a entrar en la nueva Congregación; hablaba de esta con tanto entusiasmo que Joséphine estaba convencida de que ya tenía un montón de hermanas, *«tal vez dos mil»*. Con todo, las semillas de su vocación se habían ya sembrado, e incluso cuando descubrió que la única candidata existente para esta gran obra era Ana Eugenia, tuvo la inmediata convicción de que este era el lugar donde Dios la llamaba.

Fue una alegría muy especial para Eugenia que Joséphine, la primera hermana con la que había compartido por carta sus esperanzas y sus sueños sobre la Asunción, se les uniera por fin.

A la llegada de Joséphine, la presencia de Marianne ya causaba muchas preocupaciones. Marianne estaba todavía tan unida a su hermana pequeña que no podía pensar en una separación.

Cuando Kate se unió a las hermanas, decidió que ella haría lo mismo: si esa era la única forma de no separarse de su querida hermana, ¡debía hacerlo! Pero, a pesar de la generosidad de su corazón, la vida en la Asunción no le convenía en absoluto. Se aburría mortalmente y se dejaba llevar de cambios de humor a veces violentos. Para tratar de aliviar la monotonía de su vida, hacía frecuentes viajes entre Meudon y París.

Durante esos comienzos en Meudon, comenzó a construirse la relación entre Ana Eugenia y Kate. Aunque en un principio el orgullo de Kate, su aspecto altivo y su deseo de encontrar a todo una explicación racional incomodaron a Ana Eugenia, con el tiempo acabaron por entenderse mejor, por confiar y apreciar sus dones respectivos. En su correspondencia con el Padre Combalot, María Eugenia escribe:

«Yo también quiero con ternura a Kate desde que se ha entregado tan generosamente a Dios; siento que esta fraternidad es un vínculo más fuerte que todos los sentimientos humanos...»³⁸
«Ya me he unido mucho a ella, así que puedo creer que ella también me quiere un poco.»³⁹

³⁸ María Eugenia, Carta al Padre Combalot, n° 90, 31 de julio de 1839.

³⁹ María Eugenia, Carta al Padre Combalot, n°96, 24 de agosto de 1839.

Su único deseo Jesucristo y la extensión de su Reino

Los primeros tiempos de la comunidad en plena expansión provocaron muchas mudanzas. Tras el verano pasado en Meudon, tuvieron la alegría de trasladarse al centro de París, a la calle Vaugirard nº 108, a una casa más grande con una habitación transformada en capilla, donde pudieron tener la misa diaria y la presencia del Santísimo Sacramento. Tan pobres como eran, se esforzaron al máximo para que la capilla fuera lo más bella posible, incluso pegando trozos de papel de color en una ventana para dar la impresión de una vidriera.

« En este sagrario el 9 de noviembre de 1839, Nuestro Señor vino a tomar posesión de su Asunción. Él no despreció esta pobre morada, mirando sólo el amor con el que nuestras Madres se la ofrecían. *Instaurare omnia in Christo.* »



El 9 de noviembre lo conmemoran todavía hoy las Religiosas de la Asunción como el día en que se celebró la misa por primera vez en la pequeña capilla de la Rue Vaugirard. A partir de ese día, comienzan a usar sus nombres de religiosas, acompañados de un misterio: Ana Eugenia se convertirá en Sor María Eugenia de Jesús; Kate en Sor Teresa Emmanuel de la Madre de Dios; Anastasia, Sor María Agustina de San Pablo; y Joséphine, Sor María Teresa de la Encarnación. ¡Sin duda sintieron entonces que la vida religiosa comenzaba verdaderamente! Podemos imaginarnos su alegría y fervor.

Unas semanas más tarde, al inicio del Adviento, siguiendo la idea del Padre Combalot, las hermanas sustituyen el Oficio de la Santísima Virgen por el Breviario Romano, que pronto se convirtió en un pilar de su vida. En la Introducción a las Constituciones, el Padre Combalot lo presenta como «una obra maestra de la liturgia católica»⁴⁰. El plan inicial era tomar esta oración de la Iglesia en su totalidad para el tiempo de Adviento, pero las hermanas sintieron tal deseo que insistieron en continuar con ella.

Es conmovedor leer en el primer breviario de María Eugenia, una nota escrita por otra hermana, diciendo, que en los primeros tiempos, los breviarios de las hermanas, comprados ya usados por razones de pobreza, eran de diferentes ediciones: se adivina la dificultad de reunirse así para orar juntas y la sencillez de su nivel de vida.

« *Si sois fieles, Jesucristo en el Santísimo Sacramento os dará a conocer pronto cuál es el misterio en el que debéis seguirle (...) Poco importa el misterio hacia el que Nuestro Señor os atraiga. Pero lo importante es que viváis la vida interior de uno u otro de estos misterios.* »

María Eugenia
Instrucción de Capítulo, 21 de diciembre de 1855

■ 40 Padre Combalot, Introducción a las Constituciones, 1839-1840, Textos Fundadores, 1 (Ed. 1991), p.70.

Confianza en Dios y desprendimiento gozoso

Estas jóvenes, procedentes todas ellas de medios más bien acomodados y no acostumbradas a las tareas del hogar, abrazaron la pobreza que descubrían. Así lo cuenta Teresa Emmanuel:

«Como no éramos ricas... ahorrábamos hasta el último céntimo: había que pagar el alquiler, mantener la capilla, vestirnos y alimentarnos. Economizábamos todo; cuidábamos nuestros libros, nuestra ropa, nuestros pocos muebles, como verdaderos pobres, pues teníamos sólo nuestras pequeñas rentas de jóvenes para hacer frente a todo.»⁴¹

Mientras que otras encontraban su alegría en esta pobreza, para Marianne era demasiado a pesar de sus valientes esfuerzos. Teresa Emmanuel expresa cuánto le hacía sufrir esto: *«mi hermana todos los días me montaba una escena, rogándome dejar esta casa y regresar con ella a nuestro país.»⁴²* Finalmente, después de unos meses y de fervientes oraciones de la comunidad, Marianne decidió irse. Teresa Emmanuel estaba ahora

libre para abrazar de corazón su nueva vida sin preocuparse constantemente por el bienestar de su hermana.

En su pobreza, la comunidad fue pronto bendecida por la llegada de nuevos miembros: en primer lugar, Henriette Halez (Sor María Josefa); después, Constance St Julien (Sor María Gonzaga); seguida de las dos primeras hermanas legas, Sor María Catalina y Sor Anne Marie, que venían del Bearn, en los Pirineos. Estas últimas participaban como podían a causa de los servicios materiales, en la misión de la educación; sus habilidades prácticas enriquecieron considerablemente los dones ya compartidos en la comunidad.

El 14 de agosto de 1840, cuando ya habían dejado la ropa del mundo en enero, las cinco primeras hermanas recibieron el hábito religioso con inmensa alegría.



Sin embargo, cuando se preparaban para pronunciar sus primeros votos un año más tarde, la comunidad se enfrentó a una grave crisis. El Padre Combalot, que nunca había mostrado mucha consistencia en sus consejos, se volvió cada vez más irracional y autoritario. Hubo un desacuerdo sobre la presentación de las Constituciones: en efecto, el Padre Combalot deseaba enviarlas directamente a Roma, sin pasar por el arzobispo de París, lo que María Eugenia consideraba inconcebible. Enfadado, reunió a toda la comunidad en ausencia de María Eugenia y anunció que las hermanas debían viajar a Bretaña sin ella. Teresa Emmanuel aseguró entonces el liderazgo del grupo y declaró firmemente, en nombre de todas, que no era cuestión de abandonar ni a María Eugenia ni París.

El Padre Combalot abandonó airadamente la comunidad, exigió la devolución de sus libros y renunció a todo vínculo con ellas. Al día siguiente, se negó incluso a recibir a Sor María Teresa y a Sor Teresa Emmanuel. Antes de alejarse momentáneamente de la capital, escribió, sin embargo, una hermosa carta al arzobispo de París, encomendándole a la comunidad,

■ 41 Extracto de las notas de Teresa Emmanuel, *Orígenes*, I (Ed. 1898), pp. 331-332.

■ 42 *Los Orígenes de la Asunción*, I (Ed. 1898), p. 326.

insistiendo humildemente en la belleza y utilidad de la obra naciente y en sus propias limitaciones. Termina con estas palabras: «*Le pido de rodillas dé a esta obra una ayuda eficaz, duradera y paternal, necesaria para fundarse*»⁴³ En cuanto a María Eugenia, ella sufre esta «*total separación*», sintiéndose como en una «*fundación sin fundador*»⁴⁴, preguntándose qué podría haber hecho para evitar todo esto, guardando el consuelo de «*la dulzura y la moderación que le habían quedado a lo largo de las últimas escenas*». Recuerda: «*Me había esforzado tanto por mantenerme, durante la tormenta, interior y exteriormente unida a los deseos de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, que el propio Señor Combalot me dijo el penúltimo día que yo no habría podido estar mejor.*»⁴⁵

La joven comunidad acababa de superar su primer gran obstáculo y, gracias a la unidad de espíritu y al apoyo inequívoco de Teresa Emmanuel a María Eugenia, pudo sobrevivir.

Unos meses más tarde, el 14 de agosto de 1841, las tres primeras hermanas pronunciaron sus votos religiosos. Después de todo lo que habían sufrido los meses anteriores, el retiro de

preparación y la celebración en sí debieron ser un momento de gran consuelo y de confirmación de su vocación. Aunque los votos fueron temporales, pronunciados por dos años, en su corazón ya eran de por vida, y recibieron con gran emoción un anillo de oro como símbolo de su compromiso. En cada anillo se grabó una palabra tomada de la Escritura o de la Tradición, que expresaba lo que cada una había discernido como la «*palabra*» especial que Dios le daba para guiar su vida.

Estas «*palabras*» eran tan diferentes como las mismas hermanas: María Eugenia eligió «*Señor, tú sabes que Te quiero*» (Jn 21,17), Teresa Emmanuel «*Santo, Santo, Santo*» y María Agustina «*Mi Dios y mi todo*».

En marzo de 1842, las hermanas se trasladaron de nuevo, esta vez al Impasse des Vignes en el Barrio Latino, y es ahí donde pudieron abrir su primer internado. Este tiempo de expansión y realización de su misión como educadoras estuvo, sin embargo, marcado por una gran tristeza: la muerte de María Josefa, a causa de la tuberculosis a los 23 años. Su enfermedad y muerte tuvieron un gran impacto en la joven comunidad, sobre

todo en María Eugenia quien, con sólo 25 años, se hizo cargo de la joven moribunda con la ternura de una madre.

Con la puesta en marcha del noviciado, Teresa Emmanuel respondió a la llamada a asumir el papel fundamental de maestra de novicias, formando en el espíritu de la Asunción a las jóvenes que entraban. Este servicio interno en la Congregación, lo realizó hasta su muerte, cuarenta y seis años más tarde. Después de la muerte de Teresa Emmanuel, María Eugenia evocó así su celo por la liturgia y su intenso amor por el Oficio divino, amor que, como hemos visto, nació en ella durante sus años de internado en New Hall:

«*En los comienzos, insistió más que nadie para que incorporáramos el Oficio. ...Siempre estuve firmemente comprometida con ello y, durante todo el tiempo que formó a las novicias, les inspiró el amor, la devoción por el Oficio de la Santa Iglesia.*»⁴⁶

Con lo jóvenes que eran, María Eugenia y Teresa Emmanuel llevaban el peso de las responsabilidades esenciales. Sus respectivas funciones las obligaban a depender la una de la otra;

aprendiendo todo, por supuesto, de la experiencia de depender de Dios mismo, quien, en su Providencia, velaba por ellas.

«*Dios da a cada ser las luces necesarias para el ejercicio de los deberes a los que le llama - lo creo porque lo he comprobado más de una vez.*»⁴⁷



■ 43 *Los Orígenes de la Asunción, I* (Ed.1898), pp. 415-416.

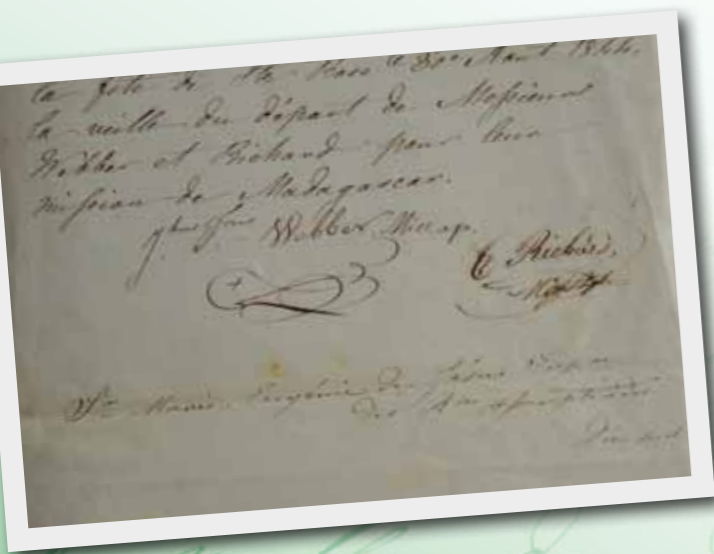
■ 44 *María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, n°1.561, 16 de septiembre de 1842.*

■ 45 *María Eugenia, Notas Intimas, n°172/01, mayo de 1841.*

■ 46 *María Eugenia, Instrucción de Capítulo, 15 de julio de 1888.*

■ 47 *María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, n° 1.556, 19 de julio de 1842.*

«El mundo es demasiado pequeño para mi amor...»⁴⁸



Las primeras hermanas fueron animadas por un gran celo por la extensión del Reino. Se constata en el atractivo misionero, presente desde los inicios de esta comunidad, marcada ella misma por la internacionalidad. El día de la fiesta de Santa Rosa de Lima en 1844, María Eugenia se comprometió, en su nombre y en nombre de la comunidad, a la unión misionera de oración con dos misioneras apostólicas a punto de salir para Madagascar y con otras dos ya de viaje hacia China. Es significativo que este acto fuera escrito por Teresa Emmanuel y firmado por María Eugenia.

Unos meses más tarde, el día de Navidad de 1844, cuando las primeras hermanas hicieron su profesión perpetua, añadieron a los tres votos tradicionales de pobreza, castidad y obediencia, el de «consagrarme, según el espíritu de nuestro Instituto, a extender durante toda mi vida el Reino de Jesucristo en las almas».

■ 48 María Eugenia, Notas Intimas, n°160/01, mayo de 1837.

Como veremos más adelante, la expresión de este voto ha evolucionado a lo largo de los años.

Este mismo celo por la extensión del Reino, que se manifestaba a través de la escuela y otras obras que emprendieron más adelante, lo vivían también en un incesante trabajo interior para dejar que Dios fuera cada vez más el Señor de su corazón y su espíritu. María Eugenia, por ejemplo, continuaba la lucha que le provocaba la presencia de María Agustina y fue incluso a preguntar al Padre d'Alzon si podía comprometerse por voto a hacer todo lo posible para no alejarse de ella⁴⁹.

Y aunque el apoyo y la confianza mutua crecían entre Teresa Emmanuel y ella, sus relaciones permanecían marcadas por celos e inseguridades muy humanas. Una clara muestra de ello se ve en una carta de María Eugenia al Padre d'Alzon, donde dice que Teresa Emmanuel es una hermana con la que no tiene ninguna afinidad natural y se queja pensando que él respeta y estima más a Teresa Emmanuel que a ella⁵⁰. Más tarde, cuando pelagra la vida de Teresa Emmanuel tras una escarlatina complicada por neumonía, María Eugenia escribe al Padre d'Alzon:

■ 49 María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, n° 1.592, 12 de septiembre de 1843.

■ 50 María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, n° 1.616, 4 de mayo de 1844.

■ 51 Los Orígenes de la Asunción II (Ed. 1898), p. 431.

«Si la pierdo, si Dios me quita esta ayuda, ¿qué será de la obra? ¿Podré sostenerla totalmente sola?»⁵¹

Como todas las grandes amistades, la suya se construyó en años de aprendizaje. Con los años, sus diferencias se convirtieron en complementariedades. No es de extrañar que a Teresa Emmanuel se la considere «co-fundadora» de las Religiosas de la Asunción.

A lo largo de los años, la comunidad y la escuela crecieron, y para favorecer la extensión de esta, una buena solución fue trasladarse a una vasta propiedad ubicada en la calle Chaillot n° 96, en la ribera derecha del Sena. Aunque el estado de la vieja casa dejaba mucho que desear⁵², con techos que dejaban entrar el agua y un sótano oscuro como refectorio, las tres hectáreas y media escasas de terreno ofrecían espacio en abundancia para ampliar el colegio. Durante los doce años pasados en este lugar, la Congregación también se extendió lejos, al extranjero y en Francia, a través de fundaciones que comportaban su riesgo.

■ 52 Cf. Madre Marie Walburge, Memorias, H°9: «La casa de Chaillot, vieja y destartada, estaba situada en un jardín muy bonito...»

Apoyadas por Dios para la misión

En 1848 las Misiones Extranjeras de París pidieron a María Eugenia una fundación en China y las hermanas estuvieron vivamente tentadas por la idea⁵³. Aunque entonces discernieron que el tiempo no había llegado para dar ese paso, aceptaron un año después la petición de un obispo irlandés, misionero en Grahamstown en la costa este de África del Sur. A pesar de su juventud y de su pequeño número, apenas diez años después de su fundación, las religiosas de la Asunción fueron las primeras hermanas en fundar y trabajar en Sudáfrica.

En 1849, tres hermanas, María Gertrudis, María Ligoría y María Verónica, acompañadas de una novicia y dos postulantes irlandesas, y de dos mujeres jóvenes que luego se convertirían en Religiosas de la Asunción, partieron en barco a Ciudad del Cabo. Después de una aventurada travesía de seis meses, se vieron confrontadas a numerosas y graves dificultades para vivir su vida

de Religiosas de la Asunción, tan lejos de París, en un país donde las necesidades urgentes abundaban por todas partes: guerra, hambre, huérfanos abandonados, etc.

La situación se agrava cuando Monseñor Devereux que había aceptado en el noviciado a algunas chicas jóvenes irlandesas que conocía, despide a las hermanas francesas, pues apelan demasiado a menudo a la vida en Chaillot. En una situación que, sin duda, les exigía adaptaciones, su preocupación estaba, sin embargo, en ser fieles al espíritu de la comunidad de París. Se había decidido que el Obispo, con el acuerdo de María Eugenia, podía tomar iniciativas que no se desviaran del espíritu de la Congregación. Como las comunicaciones eran limitadas y lentas, las cartas no siempre llegaban y el contacto no era fácil, los malentendidos se multiplicaron. Después de un nuevo envío infructuoso de hermanas, finalmente sólo quedaron en Ciudad

del Cabo, con las jóvenes llamadas por Monseñor Devereux, dos religiosas de la Asunción: María Gertrudis y María Marta.

María Eugenia, sin saber exactamente lo que sucedía, llama a la comunidad en diciembre de 1852. Las dos hermanas escogen permanecer en la Ciudad del Cabo y forman, con las irlandesas, el primer núcleo de las Hermanas Misioneras de la Asunción.

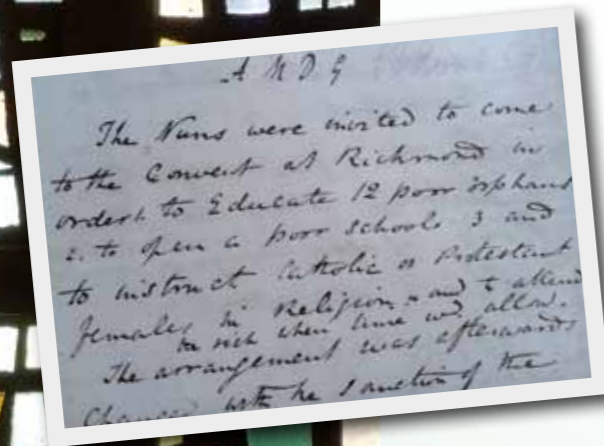
María Eugenia sufre enormemente los problemas causados por la situación en Ciudad del Cabo, «este rincón espinoso de nuestra pequeña Asunción»⁵⁴.

En ese momento Teresa Emmanuel estaba en Inglaterra, en Richmond, en Yorkshire, donde dirigía la nueva fundación. La correspondencia de este tiempo es muy reveladora de su relación, especialmente a través de las confidencias que comparten, el apoyo mutuo que se ofrecen, los consejos y ánimos que se dan. Consciente de la precaria situación de la comunidad del Cabo, María Eugenia le pregunta a Teresa Emmanuel si estaría dispuesta a ser enviada allí.

■ 53 María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, n°1.953, 5 de julio de 1848.

■ 54 María Eugenia, Carta a Teresa Emmanuel, n°287, 13 de junio de 1850.

Su respuesta, de una enorme confianza y apertura a Dios, contrasta con la actitud de Gertrudis:



«Si me envía, querida Madre, contaré con nuestro Señor para contribuir a las gracias de esta misión... Intentaré ser muy obediente y así sólo podré hacer la voluntad de Dios, pues Él estará allí para ayudarme a lograr lo que Él le inspira para el gobierno de la Congregación. ... Por tanto, Madre mía, haga conmigo lo que sea mejor para la Congregación.»⁵⁵

Un año después de la fundación de Ciudad del Cabo, Teresa Emmanuel había sido enviada a Richmond como superiora de la nueva comunidad y María Eugenia se había responsabilizado del noviciado en París. Este tiempo de separación les ayudó a construir su relación: se hicieron más conscientes de que las hermanas necesitaban de ellas y de

■ 55 Teresa Emmanuel, Carta a María Eugenia, 5 de diciembre de 1851.

su colaboración para el bien del cuerpo congregacional. Un elemento esencial de esta relación era la obediencia y el profundo respeto de Teresa Emmanuel a María Eugenia como Superiora General. Las dos comprendían que la conducta de Teresa Emmanuel sería considerada en los años sucesivos como un ejemplo a seguir⁵⁶.

Esta relación se edificó así, sobre la confianza y la obediencia. Esto se manifiesta en un caso en el que María Eugenia, con dulzura pero firmemente, corrigió a Teresa Emmanuel, y donde esta última recibió la reprimenda de su superiora con corazón abierto. A causa de una enfermedad que estaba muy extendida en la comunidad de Richmond, las hermanas no podían rezar el Oficio juntas y, aunque María Eugenia había prometido enviar una hermana más, tardó en hacerlo porque en ese mismo tiempo había enfermas en la comunidad de París. Cuando Teresa Emmanuel escribió una vez más, para

■ 56 María Eugenia, Carta a Teresa Emmanuel, n° 359, 2 de diciembre de 1851.

insistir en la urgencia de enviar una nueva hermana, recibió la siguiente respuesta: «No apruebo, mi querida hija, el espíritu ni la forma de su última carta... como superiora local, esta observación no es adecuada. ... No me fijo en ninguna de nosotras dos sino en el deber de mi cargo.»⁵⁷

«Me parece que Dios no me ha traído aquí más que para hacerme ver su fuerza y mi debilidad.»

Teresa Emmanuel

La carta continúa con noticias amistosas sobre muchos otros temas y María Eugenia concluye escribiendo que está feliz de haber encontrado la forma de enviar a la hermana que se necesitaba en Richmond. Teresa Emmanuel responde entonces con humildad, reconociendo que se había equivocado al escribir como lo había hecho y pidiendo perdón.

Aparte de haber dado a María Eugenia y a Teresa Emmanuel la oportunidad de madurar en sus respectivas funciones al servicio de la Congregación, los últimos dos años de Teresa Emmanuel en Richmond fueron extraordinariamente fecundos.

■ 57 María Eugenia, Carta a Teresa Emmanuel, n° 357, 23 de noviembre de 1851.

La comunidad y ella no se contentaron con establecer un pequeño orfanato. También se dirigieron a las obreras de la industria local, en particular a una cierta Sarah Thompson, conocida por sus burlas contra las obreras católicas irlandesas y que, según se dijo, se convirtió ante la mera visión de Teresa Emmanuel, considerada un ángel⁵⁸. Un hecho importante para el futuro de la comunidad fue

la entrada en la Congregación de la maestra de la escuela local, la señorita Frances Burchall, quien, después de su noviciado en París, fue enviada a Richmond para dirigir la comunidad en lugar de Teresa Emmanuel bajo el nombre de Sor María Ignacia. Parece que Dios proveía para todas las necesidades.

Sin embargo, a pesar de todos los signos exteriores de éxito de la nueva fundación en Richmond y de la admiración de todos por ella, Teresa Emmanuel era muy consciente de su propia fragilidad y de su necesidad de apoyarse totalmente en Dios. Le confía esta pobreza interior a María Eugenia: *«Me parece que Dios me ha traído aquí sólo para hacerme ver su fuerza y mi debilidad.»*⁵⁹ Durante una breve visita a París en abril de 1852, pocos meses antes de su regreso definitivo, se echó a llorar en la mesa, de tristeza y preocupación por Inglaterra.

■ 58 Cf. *Los Orígenes de la Asunción*, III (Ed. 1900), p. 213.

■ 59 *Los Orígenes de la Asunción*, III (Ed. 1900), p. 222.

■ 60 *María Eugenia*, Carta al Padre d'Alzon, n° 2.242, 21 de mayo de 1852.



*«Ha vuelto muy inglesa, muy preocupada por todo lo que se le dijo de la necesidad de tener una provincia inglesa separada... Ya era hora de que volviera a Francia. Rece por ella. Espero que se recupere. Siempre me parece que el segundo puesto es una posición violenta para Sor Teresa Emmanuel y esta reflexión me hace sufrir mucho. Si estuviera encargada de ella, la Congregación francesa le interesaría vivamente.»*⁶⁰

A su regreso a Francia, Teresa Emmanuel retomó su papel de maestra de novicias.





Las fundaciones de los años siguientes establecieron los elementos claves de la misión de las Religiosas de la Asunción: escuelas, casas de adoración, a las que pronto tuvieron que unirse otras escuelas, misiones al servicio de los pobres y de las relaciones espirituales con los laicos a través de la Tercera Orden. En 1854, la fundación de Sedan en el noreste de Francia, permitió la apertura de un internado que dirigió María Teresa después de pasar allí unos meses al servicio imprevisto de las víctimas de una epidemia de cólera.

Al año siguiente, se abrió una casa de adoración perpetua en Nimes, en el sur de Francia, tierra natal del Padre d'Alzon y de los Padres de la Asunción. Allí, para tener la adoración al Santísimo Sacramento durante todo el día, las hermanas hicieron un llamamiento a los laicos. Este fue el primer modelo de una colaboración laicos-hermanas al servicio de la misión; más tarde se convertiría en una de las principales

características de las Religiosas de la Asunción. Aunque las hermanas comenzaron en Nimes por una casa de adoración y de retiros, muy pronto se añadiría allí también a la obra un internado.

El mismo año las hermanas compraron el castillo de la Thuilerie en Auteuil, en los confines de París, y en 1857, dejaron la calle de Chaillot para comenzar la vida religiosa en esta nueva casa-madre: un vasto monasterio de estilo neogótico que se convertiría en el corazón de la Congregación. Aquí es donde María Eugenia y Teresa Emmanuel iban a vivir y trabajar en estrecha unión, a planificar nuevas fundaciones y compartir las alegrías y los desafíos de la Congregación en plena expansión.

En los años siguientes se fundaron comunidades en diversos lugares de Europa, entre otras, una casa de adoración con una escuela y una residencia para señoras en Cannes, donde Teresa Emmanuel, durante los últimos años de su vida, pasó todos los inviernos para disfrutar de un clima más suave que el de París. Tras el fracaso de una fundación en Nueva Caledonia entre 1873 y 1876,

las hermanas esperaron hasta la década de 1890 antes de abrir comunidades fuera de Europa. Antes de la muerte de María Eugenia, en 1898, se habían fundado con éxito conventos y escuelas en Nicaragua, Filipinas y El Salvador.

Así, al releer los primeros tiempos de la Congregación de las Religiosas de la Asunción, se ve cómo el Espíritu que guió a María Eugenia, a Teresa Emmanuel y a sus primeras compañeras, inspiró enseguida a miles de mujeres jóvenes a seguir sus pasos. Recordando a las dos jóvenes reunidas en la calle Férou, podemos maravillarnos con María Eugenia ante todo lo que el Señor ha hecho: «*Todo esto, ¿quién lo preveía? Sólo Nuestro Señor lo sabía.*»⁶¹

Vamos ahora a descubrir cómo el Señor guió a las primeras hermanas en la ardua tarea de redactar las Constituciones. Observar la evolución de la Congregación bajo este ángulo nos ayudará a comprender más profundamente el carisma de las Religiosas de la Asunción.

■ 61 María Eugenia, *Instrucción de Capítulo*, 2 de mayo de 1884.

*«**D**ígame, mi querido Padre,
qué impresión le ha dado la comunidad de Bergerac.
Desearía que conociera un poco las reglas
y costumbres de su vida religiosa...
Todo esto imprime su carácter a una orden.
Es bueno saber pronto en qué dirección
se debe orientar. »⁶²*

Santa María Eugenia



Después de estas páginas donde se descubren la Historia y las historias, detengámonos en Auteuil, en los Archivos.

Abramos la puerta... Un tesoro, una herencia, los Orígenes al descubierto, en forma de documentos y recuerdos. La barrera del tiempo se desvanece. Estamos en el secreto de los comienzos, en el corazón de la historia de la Congregación. Vidas y pasiones se desvelan. Una historia evocadora ahora y siempre.

Las Constituciones.

Cartas organizadas en legajos, numeradas, cuadernos, hojas de todos los tamaños y colores. Olor a papeles viejos, que datan de hace casi dos siglos, después de haber vivido acontecimientos, mudanzas e incluso bombardeos. Olor a papel pero también olor a santidad: la vida con sus fracasos y luchas, la vida con sus alegrías y victorias, el día a día en seguimiento de Cristo, un camino de santidad. Los escritos que hablan de temperamentos, de caracteres, de culturas.

En estas hojas de gran formato, dos columnas: texto estudiado y comentarios. Escritos que se superponen en una única columna, indicadores de las notas. María Eugenia tiene en ello un lugar preponderante e influyente, y Teresa Emmanuel hace el último retoque. Tantos borradores y cuadernos como trabajo comprometido. Cambiar una línea supone a veces volver a copiar un libro entero. Copias y más copias... para hacer circular. Hay que enviarlas a París, Nimes, Cannes, Roma... cuando el correo iba todavía a caballo.

Así se redacta la Regla - las Constituciones - con varias manos, artículo tras artículo.



■ 62 Marie Eugénie, Carta al Padre Combalot, 21 de septiembre de 1838.

Escribir la Regla

Escribir la Regla era construir la Congregación: una piedra, otra y otra más sobre la única piedra que es Jesucristo. Trabajo de estrategias en el que nuestras dos madres, María Eugenia y Teresa Emmanuel, se entregarán sin medida: «Hacer de nuestra pequeña colmena, una casa de paz, de caridad, de fervor»⁶³, y «en la barca que nos llevará al cielo»⁶⁴.

La colmena y la barca, dos imágenes, dos temperamentos, dos experiencias que darán una impronta a la Congregación y que todavía hoy hablan de la Asunción.

Aventura apasionante y tumultuosa, ayuda mutua inquebrantable, compañerismo en el Espíritu, todo marcado por una «fe firme y ardiente»⁶⁵.

*«Que el Señor nos dicte
Él mismo el espíritu
que quiere que tengamos.
Que Él haga un día de nuestra
pequeña colmena, una casa
de paz, de caridad, de fervor.»*

María Eugenia
Carta a Joséphine de Commarque, 11 de enero de 1839

■ 63 María Eugenia, Carta a Joséphine de Commarque, n°1.178, 11 de enero de 1839.

■ 64 Teresa Emmanuel, Instrucciones a las novicias, Tomo I, 1901.

■ 65 María Eugenia, Instrucción de Capítulo, 3 de marzo de 1878.

Constituciones o Regla

¿Cuántas veces habremos escuchado esto?: «Padre, infórmese de las Reglas y hábitos de su vida religiosa... porque estas cosas imprimen su carácter a una orden»⁶⁶. Al Padre Combalot primero, y luego al Padre d'Alzon. Palabras que dicen que María Eugenia desea imprimir un carácter a la Congregación. Lo hará bajo la mano amorosa del Alfarero que continúa dando forma a su vida. Confía en Dios, que la invita a la aventura y le sugiere «locuras secretas que hacen las delicias de su corazón»⁶⁷.

No hay «improvisación en las Constituciones, hay que trazar algunas reglas indicar un sistema de vida, de estudios, una finalidad para nuestros esfuerzos»⁶⁸. Todo en ella se orienta hacia la escritura: observar, preguntar, leer, documentarse. Se basa en las Tradiciones, lee las reglas de las grandes Órdenes, consulta en las casas religiosas, recibe información de mucha gente, les pide su opinión y, en su investigación, le ayudan amigos y conocidos.

María Eugenia no se contenta con lo ya existente, con una búsqueda rápida o una vaga intuición; compondrá, recompondrá, escribirá y reescribirá. La lista de espiritualidades en las que se basa es larga. Lo que le interesa es lo vivido por los demás, pero lo que busca es lo que debe ser «nuestro espíritu, el primero de nuestros bienes. Ese conjunto que entendemos todas y que es el carácter propio de nuestro Instituto»⁶⁹. Su pensamiento no era hacerlo de nuevo, «estábamos profundamente alejadas de ello»⁷⁰, sino escribir «algo que nos acerque a las antiguas órdenes»⁷¹: la Visitación para el espíritu y el estilo de vida, los Benedictinos para el Oficio, los Dominicos para la búsqueda de la verdad, san Agustín para la Regla...

« Todo lo que hace un Agustino en el interior de su monasterio, un buen Dominico debe hacerlo en su vida de celo y de apóstol. Pues bien, hermanas mías, esto es un modelo para nosotras. »

María Eugenia
Instrucción de Capítulo, 4 de agosto de 1878

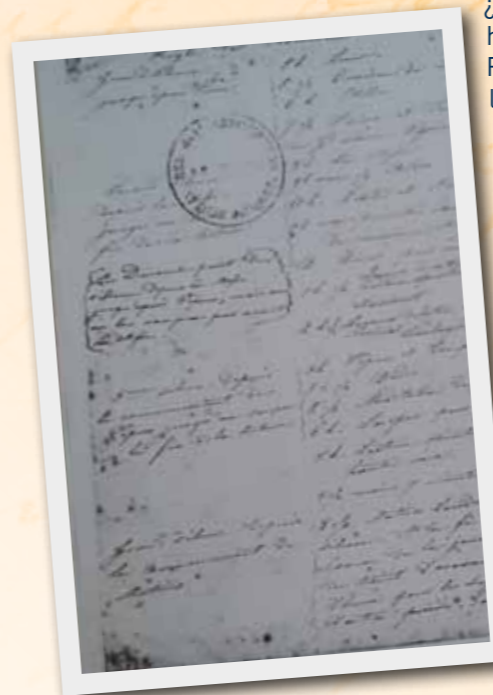
Pero está también el Carmelo, los Jesuitas, los Franciscanos... Amplia exploración y finalmente trabajo de síntesis como una vidriera donde cada pieza de vidrio encuentra su luz en la armonía del conjunto.

elegirán unirse a la de San Agustín por su Prólogo. María Eugenia «amaba la belleza espiritual siempre antigua y siempre nueva»⁷², en la confianza de que ella estaba llamada a poseerla un día»⁷³.

¿Por qué María Eugenia habla tanto de la Regla cuando escribe las Constituciones?

En la Tradición monástica, la palabra Regla describía el modo de vida de los monjes. Sólo después aparece la palabra Constituciones, que en el siglo XIX expresa la legislación propia del Instituto. ¿Elegió la palabra Regla por el apego a la Tradición monástica? Lo que es seguro es que las primeras hermanas, asesoradas por el Padre Combalot,

Muy al principio, le pedirá al Padre Combalot que escriba, que «diseñe algún reglamento y un primer plan de conducta que se deba seguir»⁷⁴, y él escribirá... pero sólo una Introducción, y «es tal vez lo más bello que escribió»⁷⁵. María Eugenia sabe que «esta primera semilla es importante. Cuando se complete y modifique por la experiencia, las Constituciones deberán brotar de ahí; aunque imperfecto al principio se necesita, es preciso también no cambiarlo más que muy despacio y con la certeza de que es lo mejor»⁷⁶.



■ 66 María Eugenia, Carta al Padre Combalot, n°42, 21 de septiembre de 1838.
■ 67 María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, n°1.590, 27 de agosto de 1843.
■ 68 María Eugenia, Carta al Padre Combalot, n°42, 21 de septiembre de 1838.

■ 69 María Eugenia, Instrucción de Capítulo, 2 de mayo de 1884.
■ 70 María Eugenia, Instrucción de Capítulo, 28 de abril de 1889.
■ 71 María Eugenia, Instrucción de Capítulo, 2 de mayo de 1884.

■ 72 San Agustín, Confesiones, Libro 10, XXVII, 38.
■ 73 Cf. María Eugenia, Notas Intimas n°194/01, 10 de septiembre de 1844.

■ 74 Cf. María Eugenia, Carta al Padre Combalot, n°88, 2 de abril de 1839.
■ 75 Los Orígenes de la Asunción, Tomo 1 (Ed. 1898), p. 341.
■ 76 Cf. María Eugenia, Carta al Padre Combalot, n°88, 2 de abril de 1839.

La continuación la escribirán María Eugenia y Teresa Emmanuel en 1840, inspiradas en la Visitación. Pero pronto surgirán tensiones. Monseñor Affre, arzobispo de París, lee las Constituciones y las considera «edificantes»⁷⁷, pero ¿no contenían demasiadas cosas que practicar? Las dificultades de la escritura: ¿cómo decir las cosas? ¿cómo expresar de forma aceptable para los hombres de Iglesia la intuición de nuestras madres, la inspiración del Espíritu y el deseo de Dios? Tres años después, tras la insatisfacción de Monseñor Affre, María Eugenia lamenta la de Monseñor Gaume, que subraya un defecto general de las Constituciones, «defecto de simplicidad y de carácter puramente religioso»⁷⁸. María Eugenia, apoyada por Teresa Emmanuel, perseverará: «si tenemos que cambiar mucho, hagámoslo de nuevo, en fidelidad a nuestro espíritu y según nuestras ideas»⁷⁹.

El tiempo apremia, quieren hacer sus votos perpetuos en la Navidad de 1844; y no pueden hacerlo sin la redacción final de la Regla, que se convierte en «una cuestión de vida o muerte»⁸⁰. La autorización llega finalmente y María Eugenia escribirá al Padre d'Alzon: «luchando con firmeza



■ 77 Cf. María Eugenia, Carta al Padre Combalot, nº113, 16 de marzo de 1840.
■ 78 María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, nº1.590, 27 de agosto de 1843.
■ 79 Ibidem
■ 80 María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, nº1.634, 1 de septiembre de 1844.

«... Retocar una Regla para revisarla, cuando, como la nuestra, se ha escrito por piezas y fragmentos, es retocar una casa edificada de la misma manera. Intento hacerla como la necesitamos, con toda la experiencia que pude adquirir. Seré siempre feliz de haberme visto obligada a hacerlo porque, si me sobreviniera la muerte, ya estaría el texto muy revisado. A la que me sucediera le costaría más decir las cosas necesarias y hacerlas aceptar.»

María Eugenia
Carta al Padre d'Alzon, nº3.114, 15 de abril de 1866

y suavidad, obtuve, para la esencia de la Regla, casi todo lo esencial... Es algo que me ha inquietado, ver así las cosas más importantes para nuestro futuro a la merced de la palabra de un hombre que apenas conoce nuestra obra»⁸¹.

Pero aún no se ha logrado la victoria. En 1854, llega el momento de presentar en Roma los Estatutos o un resumen de las Constituciones, para la primera aprobación. La redacción continúa hasta 1866, pero el caso Verón⁸² complicará y retrasará la aprobación del Instituto. Se sigue una serie de 24 Animadversiones, observaciones de Roma, que analizarán María Eugenia, Teresa Emmanuel y la Congregación en Capítulos. Obra de una comunidad que discierne.

A lo largo de estos años, desde 1839 hasta 1888, ¡hubo que modificar la Regla! Y «retocar la Regla para revisarla, cuando, como la nuestra, se ha escrito por piezas y fragmentos, es como retocar una casa construida de la misma manera»⁸³. Hasta la aprobación definitiva de las Constituciones en 1888, nuestras madres exigirán lo mejor para la Congregación en fidelidad a la intuición de los comienzos. La vida dará los últimos retoques a la Regla.

■ 81 María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, nº1.647, 16 de diciembre de 1844.
■ 82 Ver recuadro para este tema, p.73.
■ 83 María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, nº3.114, 15 de abril de 1866.

Una escritura comunitaria

Así, la escritura de la Regla será larga y consumirá una gran cantidad de energía: «*trabajo horrible el de escribir, incluso lo que se sabe: es difícil y agotador*»⁸⁴. La redacción de la Regla llevará 49 años, el tiempo de una amistad, la de Teresa Emmanuel. Amistad que se expresa a través de visión, intuiciones, ideas, conversiones, pero también estima, respeto, amor, coraje, oración... y que se escribirá en los corazones secretamente: ponerse en sintonía con el otro y buscar la armonía por el bien del cuerpo de la Congregación.



María Eugenia no está sola, implicará a su comunidad, las hermanas son pocas al principio. Alentada por el Padre d'Alzon, trabaja resueltamente con Teresa Emmanuel, más instruida en la vida interior, «*quien consulta a Dios...*»

Es algo grande para mí ver esta alma tan guiada por Dios. Todo lo que Dios hace en ella, me hace creer que tiene designios de santidad para esta obra. Me gustaría que esto se notara un poco en nuestra Regla»⁸⁵. Si a Teresa Emmanuel no le gusta la Regla a dos manos, llegan «*a algo que concuerda con la práctica y con 'nuestro espíritu'*». Y la misma «*María Agustina está encantada con las pruebas, las otras hermanas también*»⁸⁶ Así todas participan en ella, acto comunitario de redacción de la Regla, con la ayuda constante del Padre d'Alzon.

Dios habla al corazón de Teresa Emmanuel tanto por el bien de la Congregación como para su santidad, y su don es estar habitada por la Escritura, el libro que abre y por el que «*Dios muestra el camino*»⁸⁷. Sí, la sagrada Escritura dará su 'peso' a la Regla: «*En la sagrada Escritura, encontraréis un montón de pasajes que expresan lo que queréis decir. Y utilizando el texto sagrado tenéis una doble ventaja: la de recibir, o mejor, buscar vuestra Regla en la Palabra de Dios, y la de evitar que se apegue a vuestros pensamientos*»⁸⁸.

El Padre d'Alzon las acompañará en la redacción de la Regla y en su camino de santidad, y encomendará las unas a las otras.

«Le confío a María Eugenia totalmente; usted actuará con toda la prudencia y caridad necesarias para el bien de esta excelente madre y de toda la casa.»

*Padre d'Alzon
Carta a Teresa Emmanuel, 11 de noviembre de 1845*

Aunque Teresa Emmanuel, «*secuestrada*» por Dios, provoca algunas sorpresas, lo veremos más adelante, a María Eugenia le da seguridad en el día a día: una mujer eficiente en los detalles prácticos de la organización del internado, se preocupa por todo, incluso de los cursos de danza, de la gimnasia, de los profesores.

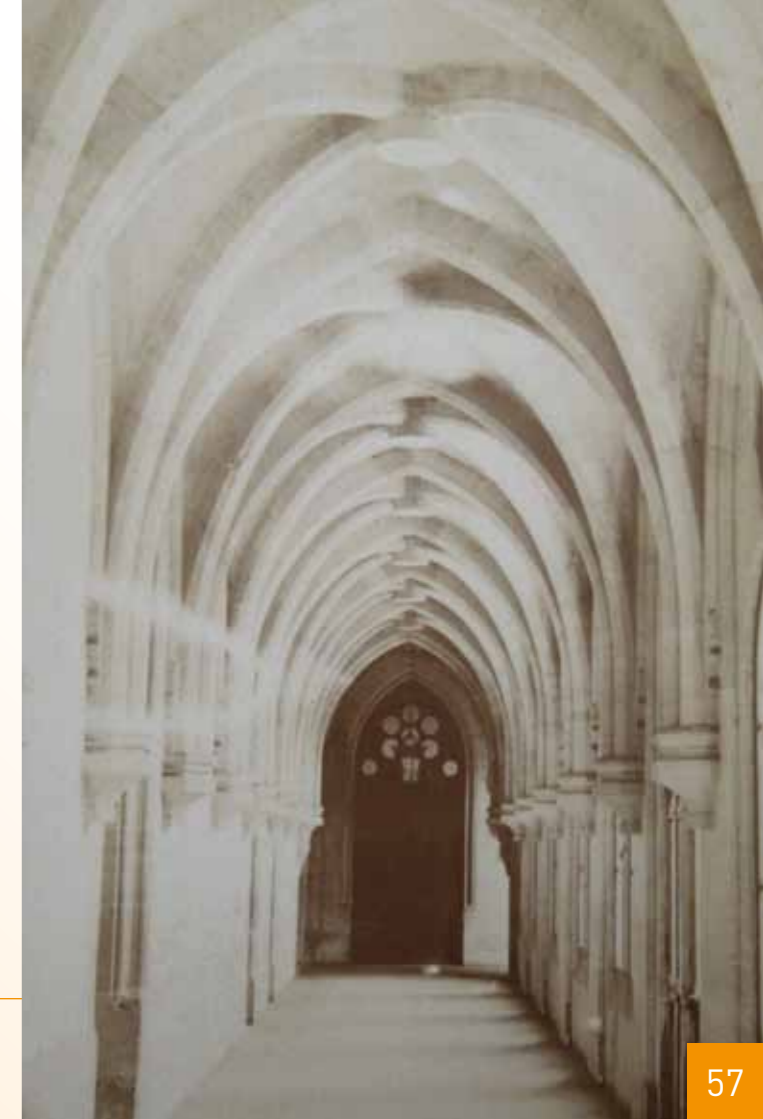
■ 84 María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, n°3.127, 29 de abril de 1867.

■ 85 María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, n°1.590, 27 de agosto de 1843.

■ 86 *Ibidem*

■ 87 Cf. María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, n°1.590, 27-28 de agosto de 1843.

■ 88 Padre d'Alzon, Carta a María Eugenia, 8 de septiembre de 1843.



A cada una su gracia. En el apartamento de la calle Férou, «*el reglamento es fijo: levantarse, oración...*» En una sola palabra hubo desacuerdo, mientras que Teresa Emmanuel veía en 'recreo' una palabra infantil y prefería 'tiempo libre', María Eugenia reconocía en él un ejercicio de comunidad.

La distancia cultural, la fricción del carácter, es «*precisamente lo que talla las piedras, las cincela... pequeñas asperezas que pueden hallarse en los santos o en las relaciones de los santos entre sí, es inevitable*»⁸⁹. Mientras que María Eugenia va al arzobispado, Teresa Emmanuel «*hace su Oficio: ¡santificarse! Es el Fin que debemos perseguir durante toda la vida, como los pintores o los escultores*»⁹⁰.

Se pone en oración al pie del Santísimo Sacramento y esta será su forma de imprimir un espíritu en la Congregación.



En sus pequeñas reglas para las novicias, repetirá cómo nuestra vida no tiene en sí misma nada extraordinario: «*lo que da mérito a nuestras acciones es el espíritu interior por el que las elevamos a Dios*»⁹¹.

Temperamentos y caracteres se confrontan y complementan hasta en la forma de la Regla.

Mientras que «*Teresa Emmanuel desea que se defina todo lo que le parece útil para las hermanas*»⁹², María Eugenia prefiere lo más breve. Pero matiza: «*Esto no significa de ninguna manera que yo siga mi opinión. Si deseo hacer un capítulo largo, dejaré a nuestras hermanas elegir entre los dos. Me gustaría que el largo quedara para el Directorio*»⁹³. Y todo se escribe también muy libremente: «*si no se aprueban algunas cosas pequeñas, pueden dejarse para el libro de usos y costumbres... y para los puntos no aclarados, manteneos en cierta apertura de espíritu.*»⁹⁴.

Este es el espíritu con el que trabaja el equipo de los comienzos.

■ 89 Los Orígenes de la Asunción (Ed.1898), Tomo I, p.301 ss.

■ 90 Cf. Teresa Emmanuel, Instrucciones a las novicias de la Asunción, 1901, Tomo I.

■ 91 Teresa Emmanuel, Instrucciones a las novicias de la Asunción, 1901, Tomo I.

■ 92 Cf. Padre d'Alzon, Carta a María Eugenia, 2 de noviembre de 1843.

■ 93 María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, n°1.596, 8-9 de noviembre de 1843.

■ 94 Padre d'Alzon, Carta a María Eugenia 8 de septiembre de 1843

La Regla, una atmósfera vital

La Regla y las Constituciones movilizarán a nuestras primeras hermanas hasta la muerte de Teresa Emmanuel. El texto escrito es un buen signo y una confianza: fortalecer lo cotidiano, dar sentido a lo que se decida y justificar un estilo de vida, orientar las decisiones, recordar una radicalidad en el momento importante. Todo esto significa un sentido de pertenencia y fe en el futuro.

Desde los orígenes, se evoca la Regla como si fuera definitiva. A María Teresa, que quería tanto a su familia, María Eugenia le escribirá: «Amas a tu familia, ámala; nuestro espíritu no es tan austero que queramos ser distintas de Nuestro Señor. Él amaba a su madre, a su buen san José (y me imagino que tu padre se parece a san José), solamente los dejó para servir a su Padre celestial. «Esta es nuestra Regla: dejarlo todo, perderlo todo, sacrificarlo todo para la gloria de Dios, ir con alegría allí donde le plazca emplearnos, pero sin estrechez de corazón, con la gozosa libertad de los hijos de Dios»⁹⁵.

■ 95 María Eugenia, Carta a María Teresa, N°1.189, 27 de septiembre de 1841.



«Esta es nuestra Regla: dejarlo todo, perderlo todo, sacrificarlo todo para la gloria de Dios, ir con alegría allí donde le plazca emplearnos, pero sin estrechez de corazón, con la gozosa libertad de los hijos de Dios.»

María Eugenia



Es costumbre en la Congregación orar por la Regla, eso es lo que María Eugenia escribió en su billete de profesión en 1844. Después de pedir la gracia de la santidad para el Padre d'Alzon, el descanso del alma de su madre, la santificación de sus hermanas, la de Teresa Emmanuel en particular, escribió: «Forma Tú mismo nuestro espíritu, guía nuestros estudios, sé el Autor de nuestra Regla...»⁹⁶ Las hermanas pronunciarán sus votos sobre la Regla. Y encargada por la Regla, María Eugenia convocará en 1870 un Capítulo general, el primero después de la aprobación del Instituto. Finalmente, «conforme a las Reglas, pide opinión a los consultores sobre el momento y el lugar del Capítulo»⁹⁷. La Regla es como la atmósfera vital impregnando lo cotidiano, más que un papel o un cuaderno secreto.

Escribir así la Regla fue una gracia de fundación de la que hoy todavía nos beneficiamos. Con María Eugenia, podemos testimoniar que, a través de la Regla, Dios «fortalece mi atractivo y mi vocación»⁹⁸.

■ 96 María Eugenia, Notas Intimas n°247/01, Navidad de 1844.

■ 97 Cf. María Eugenia, Convocatoria del Capítulo general, carta n°1.532, 1 de junio de 1870.

■ 98 María Eugenia, Carta al Padre Gros, n°1.504, noviembre de 1841.

La regla por escrito⁹⁹

Tres temas, Fin, Oficio, Estudios y cuarto voto, nos harán descubrir la redacción hasta las Constituciones finales. Estos temas, en progresión y movimiento, son signos del Espíritu en la obra, en las influencias y circunstancias de la vida.

Llenas de Historia y de historias, de dirección y de sentido, de Tradición y de tradiciones, dinamizan todavía hoy nuestras vidas y mueven nuestras mentes y corazones. Temas que hablan a nuestra fe y a nuestra misión, que fueron objeto de verdaderas tensiones con la Iglesia... ¡Cuestión de vida o muerte!

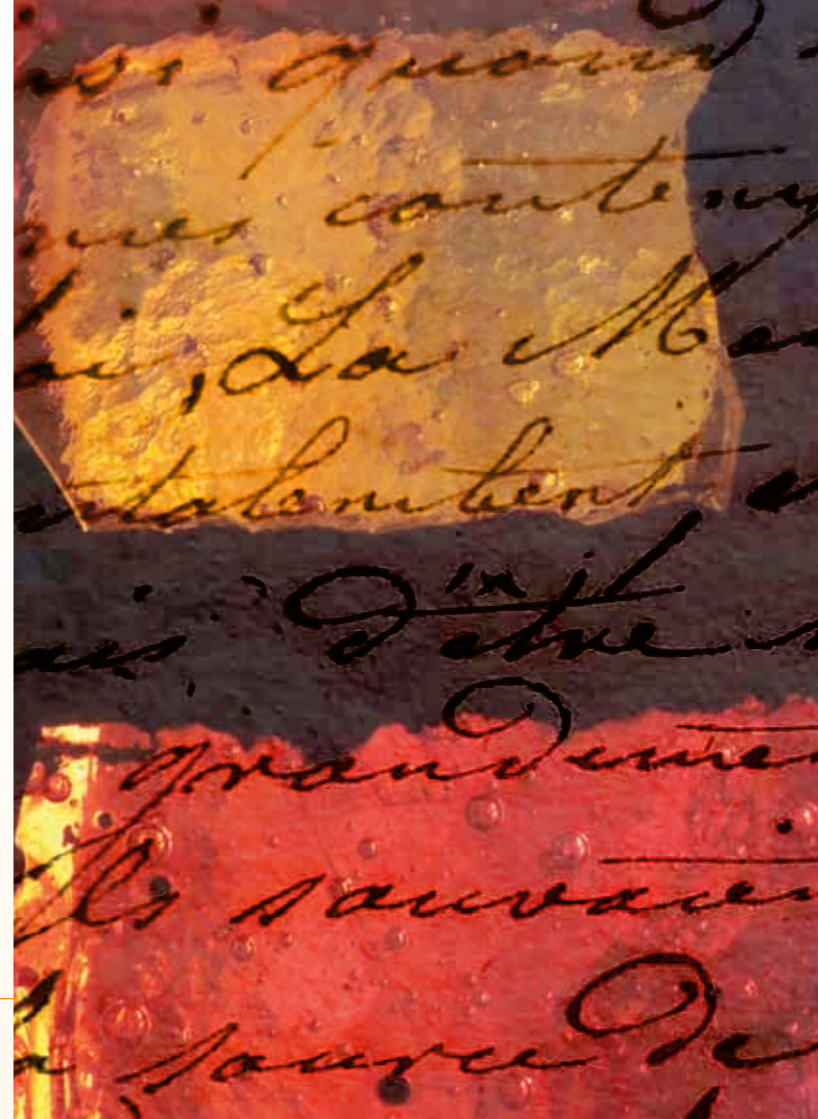
Así, partiendo del Fin del Instituto, «*el verdadero Fin, el verdadero sello*»¹⁰⁰, vemos abrirse un horizonte y afianzarse la espiritualidad y escribirse el carisma. A través del Oficio, se ponen en valor la vida espiritual de la Iglesia y la edificación personal o formación.

Y, por último, presente desde el principio, la cuestión de los Estudios que iluminan la vida contemplativa.

Ahí se ve ampliarse la misión y enriquecerse nuestro espíritu.

La Expresión del Fin en evolución

Este extracto del Prólogo de la Regla de Vida actual nos traslada a la idea de María Eugenia en los orígenes: «*Su mirada, puesta, total y exclusivamente, en Jesucristo y en la extensión de su Reino, determina todavía hoy, el modo de vida de las Religiosas de la Asunción: una vida contemplativa, sostenida por el silencio, el Oficio divino, la oración, origen y fuerza de su celo apostólico y misionero*»¹⁰¹. En 1840, el capítulo del Fin es un resumen de la Introducción a las Constituciones del Padre Combalot, único capítulo que es propio nuestro, pues el resto se inspira en las Constituciones de la Visitación.



« El borrador de las Constituciones que adjunto, contiene lo poco que hice con Sor Teresa Emmanuel antes de mi retiro.

Usted me lo reenviará con sus observaciones al margen...

No obstante, dígame lo que piensa de ello.

Me parece que se podría conservar la primera frase y desarrollarla un poco en cuanto al espíritu de revestir nuestra inteligencia de Jesucristo. »

María Eugenia
Carta al Padre d'Alzon, n°1.592, 12 de septiembre de 1843

■ 99 Texto completo de las Constituciones a lo largo de los años, TFI, 1991.
■ 100 María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, n°1.590, 26 de agosto de 1843..

■ 101 Regla de Vida de las Religiosas de la Asunción, Prólogo, 1982.



En 1843, María Eugenia consideraba que «no estamos suficientemente establecidas como para atreverme a expresar nuestro Fin como yo lo siento». De hecho, no se expresará en las Constituciones de 1844, cuyo primer intento, escrito a dos manos, se conserva en los Archivos. Sin embargo, en la misma carta, María Eugenia dice: «El verdadero fin, el verdadero sello de nuestra obra está en su consagración interior al misterio de la Encarnación

y de la sagrada persona de Jesucristo, como la adhesión de la Santísima Virgen a Jesucristo»¹⁰².

Cuando en 1854 hay que escribir el Fin de la Congregación para una primera presentación a Roma, hay un único párrafo: «unirse a nuestro Señor y trabajar para darle a conocer y amar, así como a su Madre». Con sus correspondientes medios: «la oración, la educación de las clases altas, educación de los pobres y retiros de mujeres». Y una nueva clave, la posibilidad de ir a las Misiones. La vida y la experiencia de fe de las hermanas desarrollarán y enriquecerá el Fin para llegar en 1866 a una expresión esencialmente igual pero más detallada. Hay una ampliación de la comprensión del misterio de la Encarnación, Nuestro Señor se convierte en «Nuestro Señor Jesucristo», y la aparición del estilo de vida «mitad contemplativo y mitad activo», donde se enuncian los medios. El capítulo termina con esta frase que

recuerda al espíritu de los inicios: «El Espíritu de su Instituto es un gran espíritu de fe, de celo... y de amor filial a la Santa Iglesia».

En su formulación final, en 1888, el Fin se estructura de manera diferente y se reformula. Aparece también la adoración del Santísimo Sacramento, tan querida y deseada: «Las Hermanas de la Asunción tienen como objetivo imitar a la Santísima Virgen en su amor por Nuestro Señor Jesucristo, especialmente en el Santísimo Sacramento del altar, y trabajar, a través de la educación y las obras de celo, para dar a conocer y amar a Jesucristo y a su Santa Iglesia». El final nos llama la atención: «el espíritu del Instituto es dar a conocer en todo a Nuestro Señor Jesucristo... y trabajar durante toda su vida para extender el Reino del Salvador.» Aliento impreso, celo reconocido y experiencia puesta en palabras, culminación de muchas batallas para hacer reconocer y expresar en el Fin la adoración y el celo, incluyendo el 4º voto.



■ 102 María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, n°1.590, 28 de agosto de 1843.

El Oficio Divino

Unos meses antes de la fundación, María Eugenia recibe la intuición del lema *Maria Assumpta est*¹⁰³, mientras reza el Oficio de la Asunción.

Como ya se ha dicho, muy pronto, el gran Oficio romano en latín «es el atractivo de todas las hermanas»¹⁰⁴. «Nada mantiene el espíritu religioso como el Oficio, permite identificarse con la vida espiritual de la Iglesia y lograr el desarrollo sereno de la fe en las cosas de la inteligencia»¹⁰⁵.

Será una lucha por preservarlo cuando los superiores eclesiásticos quieren eliminarlo en nombre de realismo, ofreciendo a su vez el Oficio de la Santísima Virgen o el breviario parisino, afirmando: «el Oficio en latín se aprobó en general como parte del reglamento de los religiosos, pero no es indispensable. ¿No se podría sustituir por una obra más útil?»¹⁰⁶.

Pero ellas se resistirán fuertemente: «se debe conservar como el más preciado de nuestros bienes

*e inspirar a las que nos sigan un amor tan grande por la oración de la Iglesia, que se nos permita siempre»*¹⁰⁷.

¿Cómo se expresa esto en las Constituciones? Al principio, en 1840, se dedica al Oficio un capítulo entero, inspirado en la Visitación. Desde el principio, la solemnidad y la gravedad se imponen: «el Oficio romano se recitará en el coro, con mucho respeto y atención. Al primer toque de la campana, todas las Hermanas dejarán sus ocupaciones para ir allí, como llamadas por su divino Esposo. Se reunirán en el claustro para entrar en la capilla con una modesta gravedad y hacer de dos en dos una profunda inclinación ante el Santísimo Sacramento». Se insiste en la dignidad que debe reservarse para este importante acto que no debe faltar y se ve en él un arte de vivir y manifestarse, una liturgia de la vida y una formación para el Reino. ¡Son 4 hermanas de coro!

En 1844, cambio de estilo, más observancia, se insiste en la importancia de la presencia en el Oficio, llamado la «oración pública de la Comunidad, que nos hace participar en los deseos e intereses de la Iglesia y debe convertirse para nosotras en la mayor fuente

de fuerza, de luz y de espíritu religioso, incluso en las tareas activas». Es el lugar donde se ejerce la caridad, donde se establece la comunidad, donde se construye nuestro *‘ser para el Reino’*.

El período siguiente será doloroso para nuestras madres. Durante la presentación de las Constituciones en 1866, el padre Véron¹⁰⁸ expresa reticencias que comunica a Roma y frenos para la aprobación de las Constituciones.

El Oficio se inscribe ahora en el Fin del Instituto, lo que le da mayor importancia. El Capítulo para él se reduce considerablemente. Se insiste en el espíritu con el que se celebra: fidelidad, celo y atención. La responsabilidad de cada una queda comprometida pues es uno de los deberes más queridos impuestos por la Regla. Sin embargo, Roma está escéptica y entre las Animadversiones emitidas para la aprobación del Instituto, el 14 de septiembre de 1867, una concierne al Oficio¹⁰⁹. Con la fuerza de la experiencia y segura de la necesidad, María Eugenia justificará «nuestra» elección: «Para la Asunción y su llamada especial a hacer brotar la acción de la oración, insistir en la adoración y en el Oficio como forma necesaria para el Instituto»¹¹⁰.

En las constituciones propuestas en 1888, se añade además un párrafo: «*Que el Oficio, oración de la Iglesia, sea la primera y principal devoción de las hermanas, fieles herederas del celo que animaba a los primeros miembros de la Congregación por la santa Liturgia*». Se trata de «*dar a la devoción el carácter más eclesiástico, el más sólido, el más universal, el más tradicional, el que resume toda la alabanza que se ha dado a Dios desde los primeros tiempos de la Iglesia, desde la Sinagoga y los Patriarcas*»¹¹¹.

¿Qué dirán las autoridades de la Iglesia? En marzo de 1888, María Eugenia va a Roma, donde se entera de nuevo de reticencias por el Oficio. Un cardenal la invitará incluso a rechazar la aprobación si no se eliminan. Decidida, dará esta respuesta: «*Nuestro Fin es la adoración del Santísimo Sacramento, el rezo del Oficio solemne y la educación de las niñas*». El 14 de abril de 1888, llega un telegrama a Auteuil y Cannes: «*Decreto obtenido. Constituciones no alteradas. Eugenia.*» ¡Misión cumplida! Una verdadera batalla se libró para mantener este bien tan querido y tan necesario para la misión. Algunas Instrucciones¹¹² de Capítulo y, en los Archivos, varios Breviarios lo testifican.

■ 103 María Eugenia, Carta a Joséphine de Commarque, n° 1.176, 21 de noviembre de 1838.

■ 104 María Eugenia, Carta al Padre Gros, n° 1.504, noviembre de 1841.

■ 105 Cf. María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, n° 1.556, 19 de julio de 1842.

■ 106 Nota de Monseñor Affre sobre las Constituciones de 1840.

■ 107 Los Orígenes de la Asunción I (Ed. 1898), pp.416-418.

■ 108 Ver el recuadro de abajo, p. 73, y Partage Auteuil n°78.

■ 109 24 Animadversiones y observaciones emitidas por Roma a propósito de las Constituciones de 1866.

■ 110 Respuesta a la Animadverción 11 de Roma, 1867, (001-f).

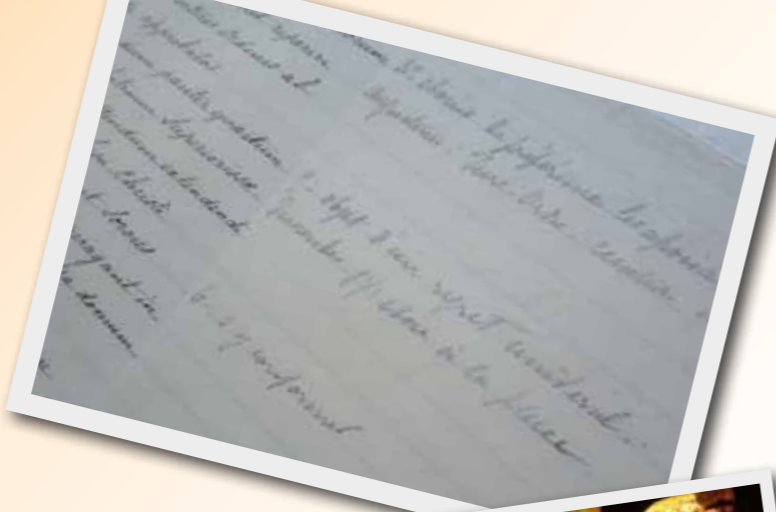
■ 111 María Eugenia, Instrucción de Capítulo, 12 de mayo de 1878.

■ 112 Sor Teresa Maylis, Estudios de Archivos n° 1, Parte II A.

Estudios y cuarto voto

Dos capítulos más preocuparon a Eugenia, el de los estudios y el artículo sobre la pobreza¹¹³. Para ella, «*lo que distingue nuestros estudios no es aprender más sino ¡aprender todo lo que acabo de decir antes que lo demás!*»¹¹⁴ Es la referencia a la fe. Como dirá más tarde, «*¿qué ensancha el carácter y la inteligencia en el estudio, qué coordina poderosamente todo lo aprendido, le sirve de fin, de vínculo, de razón? En cierto sentido, es una filosofía; en otro sentido, es una pasión. Pero ¿qué pasión dar? La de la fe, la del amor, la de la realización de la ley de Cristo*»¹¹⁵.

Desde el principio, en 1840, un capítulo sobre los estudios expone que «*el tiempo dedicado al estudio y a la instrucción de los alumnos es el mejor modo de extender el Reino de Nuestro Señor y no hay que buscar nada en ello, ni amor-propio, ni deseo de aprender, ni curiosidad, enemiga de la humildad y la sencillez evangélica*». En las Constituciones de 1844 se desarrollarán más, la orientación espiritual - «*que todas las fuerzas de su inteligencia se apliquen a Jesucristo, así como todos*



los afectos de su corazón» - y apostólica - «*dar el amor y el conocimiento de la verdad*». Los estudios son el «*camino mejor para extender el reino, pero ¡por el uso humilde de una capacidad que proviene en su totalidad de Dios!*» Las hermanas están invitadas a considerar las «*casas como escuelas del Espíritu de Jesucristo*».



Tres grandes bases se ponen en valor: «*el recogimiento, la fe viva y profunda, y la caridad*». Se siente la unidad de vida, no hay diferencia entre la inteligencia y la fe.

Pocos años después, en 1866, el capítulo desaparece de las Constituciones, pero «*el mejor modo de extender el Reino*» encontrará una nueva forma en el 4º voto¹¹⁶: «*trabajar durante toda su vida para extender el Reino de Nuestro Señor Jesucristo en las almas*». Este voto se convierte en un «*voto de misión*» e implica para las hermanas que lo hacen, el compromiso de estar dispuestas a partir. Este deseo del Reino ya estaba presente en el «*pensamiento de celo*»¹¹⁷ de nuestras primeras madres, como un impulso misionero. En el día de su profesión perpetua, María Eugenia y las primeras hermanas, lo habían expresado así: «*Consagrarme, según el espíritu de nuestro Instituto, para extender durante toda mi vida el Reino de Nuestro*

Señor Jesucristo en las almas». Roma solicitará su supresión. Teresa Emmanuel escribirá: «*objeto de pena universal: pedir algo en su lugar*»¹¹⁸.

Finalmente, unas pocas hermanas harán este voto: las primeras, Gertrudis al partir al Cabo, María Inés a Málaga y algunas otras...

«*¿Pero qué pasión transmitir?
La de la fe,
la del amor, la de la realización de la ley de Cristo.*»

María Eugenia

Pero el ideal de celo se volverá a encontrar en 1888, en el Fin de la Congregación como parte del espíritu del Instituto, y no en forma de voto: «*referirlo todo a Nuestro Señor Jesucristo y trabajar durante toda su vida para extender en las almas el Reino del Salvador*».

Del Fin, del Oficio, de los Estudios, al trabajo por el Reino, ¡es la fórmula de los votos! «*Por amor de Jesucristo y para responder a su llamada, quiero entregarme a Él libremente y para siempre, y trabajar durante toda mi vida para extender su Reino*»¹¹⁹.

■ 113 Cf. María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, nº 1.615, 27 de abril de 1844.
■ 114 María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, nº 1.556, 19 de julio de 1842.
■ 115 María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, nº 1.627, 5 de agosto de 1844.

■ 116 Sr Teresa Mayllis, Estudios de Archivos nº 1, Parte III.
■ 117 Cf. Parte II.

■ 118 Teresa Emmanuel, respuesta a la Animadversión 5 de Roma, 1867, (001 - f).
■ 119 Regla de Vida de las Religiosas de la Asunción, nº 39, 1982.

Las Constituciones ahora están listas, los obispos de las diócesis donde se encuentra la Congregación, Francia, Inglaterra y España, escribieron a Roma cartas de recomendación. En 1888, María Eugenia pasa a Cannes a saludar a Teresa Emmanuel que, antes de ir a Roma, le asegura siempre lo mismo: «Dios estará contigo, querida Madre». La acompaña María Catalina, de 35 años, quien será la tercera Superiora general. Los trámites son largos... pero finalmente las Constituciones¹²⁰ son aprobadas sin cambios significativos. El decreto lo firma el Papa León XIII, el 11 de abril de 1888; y se envía el 14 de abril a María Eugenia, quien informará inmediatamente a Auteuil y Cannes por telegrama; a Teresa Emmanuel le dirige sus últimas líneas: «ningún cambio importante y estoy contenta de la mayoría, excepto de que a veces se maltrata un poco el francés en la redacción»¹²¹.

De vuelta a Cannes, el 29 de abril, víspera de Santa Catalina de Siena y del aniversario de la Fundación, María Eugenia visita a Teresa Emmanuel que, enferma de tuberculosis, vive sus últimos momentos. En su lecho, pone el decreto de aprobación, testigo de este largo camino de las dos. Es el momento del adiós: «Pertenezco a la Asunción, mi vida se ha dedicado totalmente



a ella, no la abandono, me voy a la Asunción de la Eternidad. Grandes deberes les quedan a las primeras hermanas: deben mostrar el camino, formar a las novicias y afirmar lo que debemos ser. La Congregación entra en una nueva fase: fase de desarrollo y crecimiento por la consagración que la Iglesia acaba de hacer de nuestra vida. Debemos renovarnos en nuestro primer espíritu, para dar a Dios la gloria que espera de nosotras»¹²².

Teresa Emmanuel renueva sus votos según la fórmula aprobada por las últimas Constituciones y, abatida por el sufrimiento, se vuelve hacia su Señor: «¿Hasta cuándo habrá que sufrir?» Sin embargo, está planeando su regreso a Auteuil, previsto para el 7 de mayo: «¿cómo haré el viaje? ¡Por obediencia, llegaré allí!»

Teresa Emmanuel muere el 2 de mayo de 1888 por la noche, rodeada de sus hermanas, y María Eugenia dirá: «Cierro tus ojos, querida Madre, a ti que ¡tantas veces has iluminado mi camino en la tierra!»

«Cierro tus ojos
querida Madre,
a ti que tantas veces
has iluminado mi
camino en la tierra.»

Santa María Eugenia

Al día siguiente, después de coger rosas del jardín, con la enfermera, María Eugenia decora su cama: «Te ofrezco estas flores, querida Madre, a ti que tantas veces me las has enviado»¹²³. María Eugenia, al perder a Teresa Emmanuel, ha perdido más de la mitad de su vida¹²⁴. Se cierra aquí un

camino de complicidad: «yo la animo al coraje y ella me recomienda la dulzura, cuando ella es la más valiente y yo la más débil»¹²⁵.

El 3 de mayo, María Eugenia escribe a la Congregación: «Todas sabéis lo que era esta Madre, lo que debemos a su espíritu de oración, de celo, a su amor ardiente por todo lo que era para el servicio de nuestro Señor, el Oficio, la adoración, el espíritu religioso. Se consumió por ello»¹²⁶.

Monseñor Gay, que durante 40 años fue su padre espiritual, hará un elogio fúnebre. La consideraba como una «contemplativa admirable. Se apoyaba totalmente en Dios... Su alma era como una

■ 120 Constituciones: este término se adoptará definitivamente en lugar de Regla, así como «Religiosas» sustituido por «Hermanas».

■ 121 María Eugenia, Carta a Teresa Emmanuel n° 1.174, 15 de abril de 1888.

■ 122 Cf. Partage Auteuil, n° 52.

■ 123 Teresa Emmanuel, últimas palabras en Relato de los últimos días de Teresa Emmanuel, mayo de 1888.

■ 124 Cf. María Eugenia, Carta al Padre Picard, n°3.684, 15 de abril de 1883.

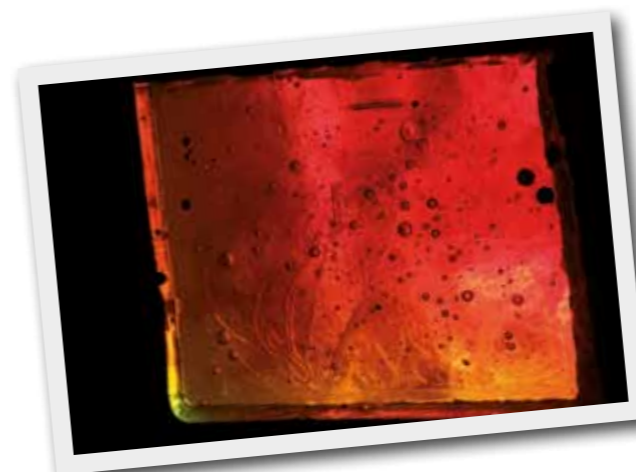
■ 125 María Eugenia, Notas Intimas n°180/01, 7 de enero de 1842.

■ 126 María Eugenia, Carta a la Congregación, 3 de mayo de 1888.



ventana constante y ampliamente abierta al mundo invisible»¹²⁷. María Eugenia evocará en el Capítulo General de 1888: «la Madre a quien más se la echa de menos... cuya bendición estaba sobre nosotras, todas no tienen las mismas gracias, pero todas pueden esforzarse igual»¹²⁸.

El camino continúa, la Congregación crece: lo que importa no son las cifras. Es la colmena y la barca que debe garantizar la misión, esta amistad de María Eugenia y Teresa Emmanuel que atraviesa los mares, en barca y que construye la comunidad, en colmena.



El Padre Paul Verón (1815-1867)¹²⁹

El Padre Véron, Superior eclesiástico desde 1859, al principio benevolente, cambiará de actitud en el momento de la presentación de las Constituciones en Roma. Teme que la Congregación se desligue de su autoridad al vincularse a Roma. En 1866, María Eugenia va a Roma para presentar las Constituciones y le pide al Obispo la bendición y una carta de recomendación. Se la dan pero con una reserva dictada por el Superior eclesiástico, a saber, que se enviarán informes a Roma cuando sea necesario. Estos informes son un verdadero dossier de acusación contra María Eugenia, su autoridad y su Gobierno. En ese tiempo, el Padre Véron se presenta regularmente en Auteuil con una autoridad inadmisibles. Interfiere en todo: en la administración, en los cambios de las hermanas e incluso en los viajes de María Eugenia, que, ante esto, se plantea dimitir, convocar un Capítulo general, trasladar la Congregación a la diócesis de Versalles. Pero el Padre Véron es destinado a una parroquia de París, donde morirá repentinamente en marzo de 1867. Entonces se reanudan los trámites y la parte del Gobierno en las Constituciones, redactada finalmente, se presenta en Roma.

■ 127 Monseñor Charles Gay, *Alocución pronunciada en la misa de treinta de Teresa Emmanuel, 2 de junio de 1888, capilla de Auteuil.*
■ 128 María Eugenia, *Instrucción de Capítulo, 2 de septiembre de 1888.*

■ 129 Cf. *Partage Auteuil n°78.*

*«**E**l piloto que conduce un barco se mantiene en pie con los ojos siempre fijos en la brújula, para gobernar el navío; no se preocupa ni por las nubes ni por el viento; pone toda su atención en mantenerse en la posición que debe guardar para llegar al fin del viaje...»¹³⁰*

Teresa Emmanuel



El afecto mutuo

«Te quiero como Madre, hermana, amiga...»

En la barca de la Asunción, la relación entre María Eugenia y Teresa Emmanuel adquiere diferentes tonalidades a través del tiempo... de la fundación a las fundaciones, entre incompreensión pasajera y declaraciones de fidelidad, entre la vida diaria y reflexiones sobre las Constituciones, la travesía no ha sido sin olas, pero el viaje a lo largo de la fundación consolida la unión de los corazones de las dos «fundadoras» sellando su estima mutua por cada prueba superada para «la vida de nuestra Asunción»¹³¹...

Cuando las obligaciones propias de las fundaciones, la necesidad de descanso, el trabajo de las Constituciones, provocan lejanía, su correspondencia está llena de amor fraternal y delicadeza. Teresa Emmanuel expresa a menudo, en nombre de las hermanas, la falta derivada de la ausencia: «Hace diez días que estamos sin ti, tu ausencia me pesa mucho (...) No necesito decirte lo que eres para mí»¹³².

De la aprobación del jardín a los padres de alumnos, los intercambios mutuos no acabarían nunca: «¿Cuántas cosas tengo que decirte ya (...) mi corazón está lleno de palabras cuando se vuelve hacia ti»¹³³.

En 1850, Teresa Emmanuel se va a Richmond; María Eugenia se siente sola: «Tú le faltas muy a menudo a este pobre corazón que, sin embargo, se alegra del bien que haces...»¹³⁴ El acompañamiento a distancia permite también una atención afectuosa: «Que la gracia y la paz de Nuestro Señor estén contigo, mi querida hija... cuidate mucho, coge los coches, no camines demasiado.»¹³⁵

Aunque a veces surgen problemas: «Creo que eres excelente, mi buena y muy querida hija, en tu cargo, como siempre lo esperé de ti (...) sin embargo, cuando tenga tiempo, quiero hacerte algunas observaciones sobre cosas que me parecerían mejor de otro modo»¹³⁶.

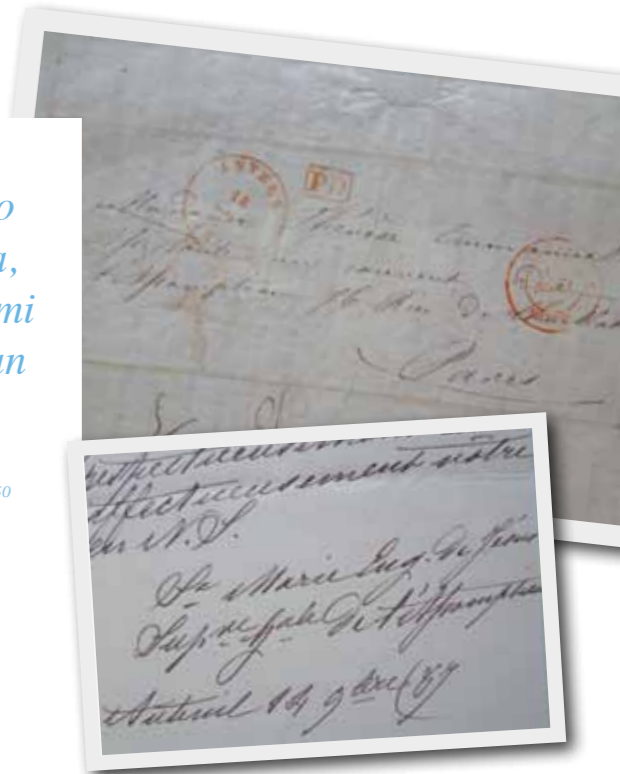
Al afecto de María Eugenia, que ama «como Madre, hermana y amiga»¹³⁷, responde la entrega de Teresa Emmanuel, «desde que eres madre, soy hija; y por haberte amado por más tiempo, creo amarte mejor que nadie.»¹³⁸ María Eugenia lamenta que Dios no le haya dado alas para «ir un día a la semana a Richmond»¹³⁹. ¡Espera el regreso de su compañera con gran impaciencia!¹⁴⁰

A través de la correspondencia, se percibe esa necesidad de llevar todo juntas: las fundaciones, las impresiones sobre las casas, los detalles de arquitectura¹⁴¹, la composición de las comunidades¹⁴², los cambios de habitación¹⁴³, las enfermedades, la falta de fervor o la renuncia ejemplar, la búsqueda de dinero, los proyectos, los obispos, las hermanas jóvenes... De «tu hija entregada para siempre» firma habitual de Teresa Emmanuel, a la «madre toda tuya», «al pie de la cruz» o «en el corazón de Jesús»

son cincuenta años de una relación de gran hondura, que une como un hilo invisible de 1839 a 1888.

«Te quiero como Madre, hermana, amiga, con todo mi corazón y mi gran confianza.»

María Eugenia
Carta a Teresa Emmanuel, 26 mayo 1850



■ 130 Teresa Emmanuel, Instrucciones a las Novicias de la Asunción, vol. 1, p. 207.
■ 131 Teresa Emmanuel, Carta a María Eugenia, 14 de febrero de 1886.
■ 132 Teresa Emmanuel, Carta a María Eugenia, 20 de octubre de 1844.

■ 133 María Eugenia, Carta a Teresa Emmanuel, n° 260, 14 de octubre de 1844.
■ 134 María Eugenia, Carta a Teresa Emmanuel, n° 290, 8 de julio de 1850.
■ 135 María Eugenia, Carta a Teresa Emmanuel, n° 282, 22 de mayo de 1850.
■ 136 María Eugenia, Carta a Teresa Emmanuel, n° 316, 23 de diciembre de 1850.

■ 137 María Eugenia, Carta a Teresa Emmanuel, 26 de mayo de 1850.
■ 138 Teresa Emmanuel, Carta a María Eugenia, 2 de enero de 1852, Santo Nombre de Jesús.
■ 139 María Eugenia, Carta a Teresa Emmanuel, n° 328, 6 de abril de 1851.
■ 140 Cf. María Eugenia, Carta a Teresa Emmanuel, n° 355, 12 de noviembre de 1851.

■ 141 María Eugenia, Carta a Teresa Emmanuel, n° 1.013, 6 de mayo de 1883.
■ 142 María Eugenia, Carta a Teresa Emmanuel, n° 1.071, sábado (¿Santo?) 1885: «Me apresuro a decirte para S. Marie Bathilde que no querría enviarla a Lyon sin contrastarlo con la Madre Agnès, por la presencia de S.M. Paul.»
■ 143 María Eugenia, Carta a Teresa Emmanuel, n° 1.068, 22 de marzo de 1885.

María Eugenia, Superiora General una « carga muy pesada »



La fuerza de esta amistad ayuda a María Eugenia a llevar su carga de Superiora General, aceptada por obediencia al plan de Dios. A su llegada a la Visitación, en 1838, pide la gracia de «morir a toda esta vida de egoísmo y amor propio que se encuentra y se manifiesta siempre» en ella¹⁴⁴. La unión con

Cristo, que la descentra de sí misma, es una marca constante de su vida espiritual. El 18 de marzo de 1839, justo antes de regresar a París, escribe al Padre Combalot: «Espero... que en nuestra obra sólo suframos nosotras y que tratemos a los demás con tanta dulzura que nunca tengan que sufrir...»¹⁴⁵.

Olvido de sí y aceptación de las penas, para la felicidad de sus hermanas... así es como se propone, desde los primeros días, su papel en el seno de la comunidad. Se apoya en el Padre Combalot, a quien reconoce como su Superior, esforzándose en obedecerle a pesar de sus originalidades. Cuando surge un desacuerdo con él, se siente «obligada por su posición»¹⁴⁶ a expresarle los deseos de sus hermanas, «lo más francamente posible»¹⁴⁷. Asume así su papel al servicio de la unidad de la joven comunidad. La consecuencia es grave: se queda sin Superior y María Eugenia busca un posible camino a seguir, perseverando en el olvido de sí, con un gran sentido de la responsabilidad¹⁴⁸.

No habiendo «querido nunca fundar»¹⁴⁹, acepta llevar «la carga que se ha puesto sobre [ella], tan joven a la vez de edad y de virtud», en esta «fundación sin fundador [o peor que sin fundador]»¹⁵⁰.

Le repite al Padre d'Alzon que ella no ha elegido esta pesada tarea, subrayando que las hermanas necesitarían «un poco de experiencia y aliento por parte de gente que tuviera... esa palabra de autoridad de un fundador o de un superior»¹⁵¹.

Por Cristo, acepta «tener en los corazones un lugar, cuyas cargas a menudo le pesan por su carácter»¹⁵², en el servicio y la caridad hacia los demás¹⁵³. Disfruta contemplando a Jesús en su vida pública «como modelo de superioridad», deseando «estudiar todas sus acciones y todas sus palabras en la Oración para formar[se] como Superiora»; «pesando sus palabras como se pesa el oro, con gran respeto y gran celo para configurarse con Él»¹⁵⁴. Recurre a la obediencia cuando «el gobierno se hace pesado»¹⁵⁵ y se siente «inútil» para dirigir a las hermanas, dejándolas demasiado a su libre albedrío. Intenta entonces «ayudarlas sólo a entregarse totalmente a Jesucristo»¹⁵⁶.



■ 144 María Eugenia, Carta al Padre Combalot, n°40, 15 de agosto de 1838, 1er día en la Visitación.
■ 145 María Eugenia, Carta al Padre Combalot, n°85, 18 de marzo de 1839.
■ 146 Cf. María Eugenia, Carta al Padre Combalot, n°134, 5 de abril de 1841.

■ 147 Cf. María Eugenia, Carta al Padre de Salinis, n°1.503, de 16 mayo de 1841.
■ 148 Ibidem
■ 149 María Eugenia, Conversación sobre los comienzos de la Congregación, 30 de abril de 1881 (en Textos Fundadores 2, p. 237)
■ 150 María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, n° 1.561, 16 de septiembre de 1842.

■ 151 María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, n° 1.552, 5 de junio de 1842.
■ 152 María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, n° 1.777, 10 de octubre de 1846.
■ 153 Cf. María Eugenia, Notas Intimas, n° 190/01.
■ 154 María Eugenia, Notas Intimas, n° 206/01, 18 de febrero de 1848, Retiro.

■ 155 Cf. María Eugenia, Carta a Teresa Emmanuel, n° 312, 18 de noviembre de 1850.
■ 156 María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, n° 1.571, sin fecha..

Sin embargo, la comunidad reconoce verdaderamente a María Eugenia; Teresa Emmanuel, la primera: «eres tú, mi querida madre, quien consigue por tu fidelidad la unión con Nuestro Señor, que te sostiene en tu penosa carga»¹⁵⁷.

También considera su papel de Superiora como el de una mujer de negocios¹⁵⁸. Para ella, la obra es lo primero. Multiplicando los locutorios, la correspondencia y los viajes, busca siempre «el bien general de la casa» antes que «los intereses o caracteres individuales»¹⁵⁹.

El Padre d'Alzon no cesa de animarla a soportar esta carga. En su primer viaje a Nimes, para el trabajo de las Constituciones, escribió a Teresa Emmanuel: «Él quiere que salga de aquí con el propósito de actuar siempre como Superiora»¹⁶⁰. También la convence de plantearse la posibilidad de ser siempre reelegida¹⁶¹.

En el capítulo de 1858, Teresa Emmanuel, Asistente General, propone que la elección de María Eugenia sea de por vida porque «nadie mejor que ella tendrá la confianza de las hermanas y las gobernará de acuerdo con los designios de Dios»¹⁶².

« Pido tanto a Nuestro Señor que te haga fuerte para mantener lo que hemos reconocido juntas como absolutamente necesario para la vida de nuestra Asunción. »

*Teresa Emmanuel,
Carta a María Eugenia, 14 de febrero 1886*

Ella se manifiesta «dispuesta a cumplir lo que se quiera y se decida», a condición de poder siempre presentar su dimisión o que se la puedan dar en caso de fuerza mayor.

En 1864, María Eugenia pide un Consejo permanente para apoyar y controlar a las Superioras Generales y compartir la responsabilidad de las correcciones necesarias a las Constituciones¹⁶³.

La historia de los Capítulos Generales destaca su cuidado continuo por «obrar de acuerdo con toda la Congregación», en una colegialidad real.

La amistad espiritual con el Padre d'Alzon

En Chatenay, en 1838, María Eugenia se encuentra por primera vez con el Padre d'Alzon, joven amigo del Padre Combalot. Sin hablar mucho con él, siente por él, «mucho estima y confianza». Una correspondencia, basada en la libertad mutua, la franqueza y el propósito de no tener nunca herir al otro, comienza en 1840. En 1841, a la marcha del Padre Combalot, María Eugenia encuentra en él un apoyo seguro, feliz de ver «tantas ideas conectadas» entre ellos. Animada en su cargo de Superiora, encontrando un interlocutor de espíritu amplio para definir con ella el espíritu de la Asunción, recurriendo a él para todas las inquietudes de su corazón, María Eugenia se somete a menudo con obediencia a su palabra. Él ayuda en la redacción de las Constituciones, mientras que ella sostiene la fundación de los Padres y su desarrollo. La influencia recíproca es innegable; su relación, que sufrirá algunos malentendidos relacionados con el desarrollo de las dos Congregaciones,



resiste a las tormentas. El año antes de su muerte, el Padre d'Alzon escribió a María Eugenia: «Sólo Dios permanece, y algunos amigos, cuando Dios lo permite. Te pongo en la primera fila de los que me quedan.»¹⁶⁴

■ 157 Teresa Emmanuel, Carta a María Eugenia, de 1843.

■ 158 María Eugenia, Carta a Teresa Emmanuel, n° 287, 13 de junio de 1850.

■ 159 María Eugenia, Carta a Teresa Emmanuel, n° 291, 11 de julio de 1850.

■ 160 María Eugenia, Carta a Teresa Emmanuel, n° 261, 16 de octubre de 1844.

■ 161 Cf. María Eugenia, Notas Intimas, n° 195/01, 30 de octubre de 1844.

■ 162 Cf. Cuaderno de los Capítulos, citado en Partage Auteuil n°34, p.30.

■ 163 Ibidem

■ 164 D'Alzon, Carta a María Eugenia, 24 de mayo de 1879.

Teresa Emmanuel, Maestra de Novicias: «Yo te ilumino... es para los demás»

Mientras que María Eugenia se entrega a la misión de Superiora, Teresa Emmanuel ocupará casi toda su vida el puesto de Maestra de novicias: «Nadie soporta tan continuamente el cansancio de las demás (...). Es responsable de más hermanas y más difíciles que yo (...) Lleva a veces más de la mitad de mi carga, además de estar siempre dispuesta a ayudar o a sustituir a las demás...»¹⁶⁵

María Eugenia piensa a veces que Teresa Emmanuel «atrae demasiado a sus novicias hacia ella»¹⁶⁶ no sabiendo retirarse¹⁶⁷. Ve ahí un peligro para el futuro, teme que las novicias, demasiado ligadas a su primera Superiora, no reconozcan su propia autoridad. No sabe bien cómo hablar de ello con Teresa Emmanuel y decide, finalmente, cambiar ella misma de actitud y acercarse más a las hermanas jóvenes y crear relaciones de confianza. Cuando dirige a las jóvenes profesas, después de su noviciado, busca llenarlas de «pensamientos sociales, de ideas

amplias y activas» para complementar a Teresa Emmanuel que, valorando la exactitud en las pequeñas cosas, le «parece clave en las almas (...) la entrada en los misterios y en la unión con Jesucristo»¹⁶⁸. Dando mucha importancia a la formación, María Eugenia considera que, en el futuro, todo dependerá de las hermanas jóvenes: «la Congregación está perdida si no tienen todo el espíritu que debe animarla (...) Todas somos piedras de fundación»¹⁶⁹.

A pesar de todo, no duda de que el puesto de Maestra de novicias está bien en Teresa Emmanuel y la ayuda a salir de sí misma: «ella no se adelanta a la gracia, sabe esperar con paciencia, conducir a las débiles, apoyar y animar a las más fuertes.»¹⁷⁰ Su amor por la vida religiosa ritma sus exigencias: «Esta alma de fuego no podía soportar que se rebajase la vida religiosa hasta el punto de actuar sin ser conscientes de ella»¹⁷¹.



En sus instrucciones a las novicias, compara los pequeños detalles de la vida religiosa con los «diamantes»: «cada palabra de nuestra Regla se pesó con el mayor cuidado (...) La vida religiosa es como una mina de oro donde cada pulgada, el átomo más pequeño es precioso.»¹⁷² Insiste también en la importancia de la intención del corazón por la cual se elevan a Dios las cosas más sencillas¹⁷³, porque «no hay nada indiferente o inútil en la vida espiritual»¹⁷⁴.

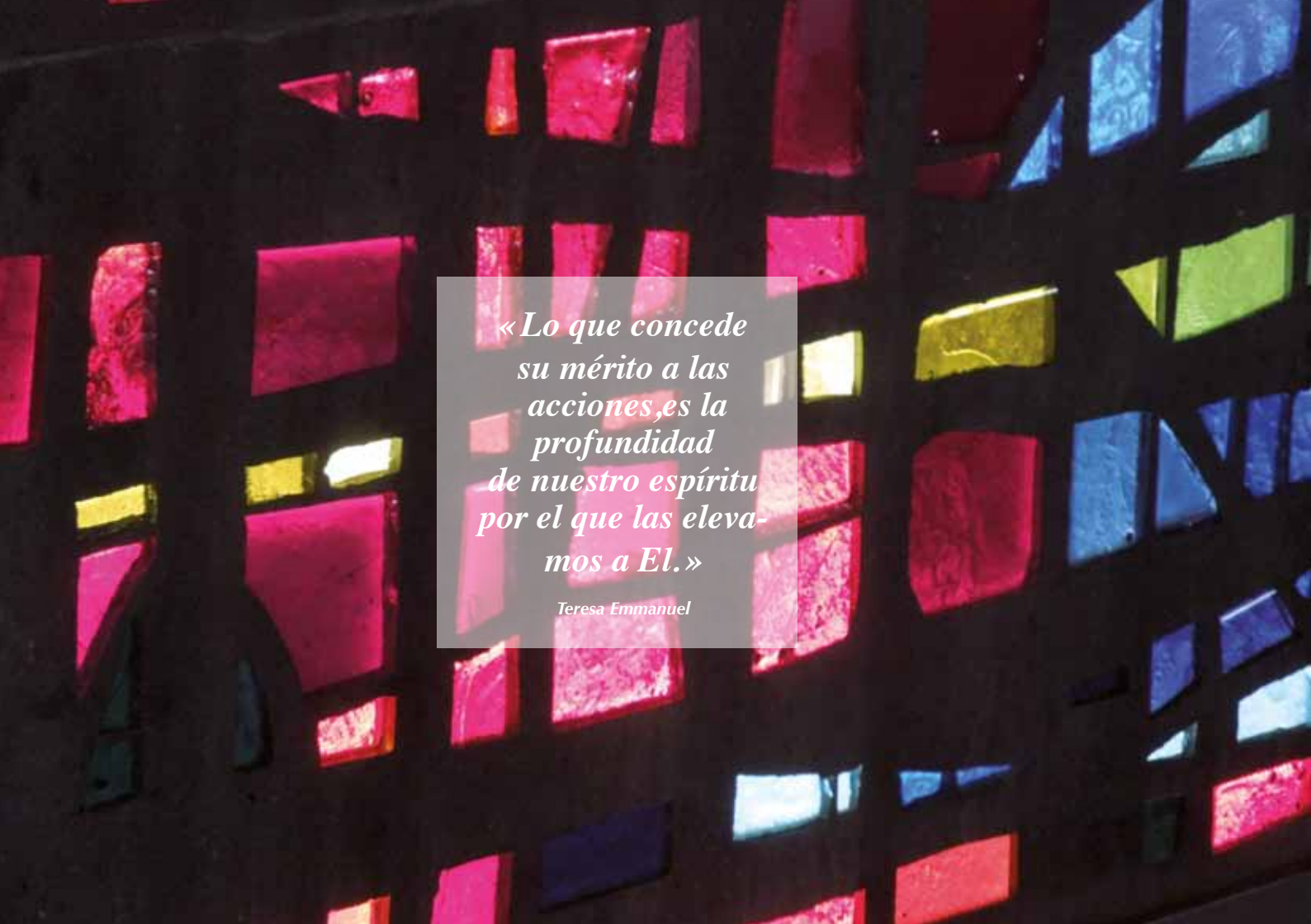
Se ve a sí misma como una madre, encargada de «dar la vida», de formar a las novicias para «una vida nueva, la vida de Jesucristo»¹⁷⁵, que une a las hermanas entre sí¹⁷⁶, una vida que hay que «rodear de cuidados y de cultura»¹⁷⁷. Su visión del acompañamiento respeta la singularidad de las personas, llamadas a «descubrir el bien que hay en ellas para que se les ayude a desarrollarlo»¹⁷⁸, acogiendo humildemente las «estaciones» del corazón.

■ 165 María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, n° 1.566, 23 de noviembre de 1842.
■ 166 María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, n° 1.698, 22 de diciembre de 1845.
■ 167 Cf. María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, n° 1.777, 10 de octubre de 1846.

■ 168 María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, n° 1.705, 11 de enero de 1846.
■ 169 María Eugenia, Carta a Teresa Emmanuel, n°325, 22 de marzo de 1851.
■ 170 Una Mística del siglo XIX, Madre Teresa-Emmanuel, p. 107, 1934.
■ 171 Ibidem, p.110.

■ 172 Teresa Emmanuel, Instrucciones a las Novicias, volumen 1, p. 5, 1901.
■ 173 Ibidem p. 34.
■ 174 Ibidem p. 7.
■ 175 Ibidem p. 18.

■ 176 Cf. Teresa Emmanuel, Instrucciones a las Novicias de la Asunción, volumen 1, p. 9.
■ 177 Cf. Teresa Emmanuel, Instrucciones a las Novicias de la Asunción, volumen 1, p.19.
■ 178 Teresa Emmanuel, Instrucciones a las Novicias de la Asunción, volumen 1, p. 16.



*«Lo que concede
su mérito a las
acciones, es la
profundidad
de nuestro espíritu
por el que las eleva-
mos a El.»*

Teresa Emmanuel

Se llega a ser religiosa poco a poco, pasando la enseñanza a la vida ¡y teniendo cuidado de no querer convertirse en Cartujo si se es Jesuita¹⁷⁹! Esta transformación interior requiere la cooperación y el compromiso de las novicias, que son responsables de su propia formación; las que acompañan sólo pueden trabajar en torno a ellas¹⁸⁰.

Atenta a los dones de las hermanas, pero también a su tristeza y a su lucha, las envía constantemente al Señor, su «amigo», su «hermano», su «esposo»¹⁸¹, Teresa Emmanuel acoge su carga como el cumplimiento de la Palabra de Dios en ella: «Yo te ilumino con infinito cuidado, pero... es para los demás. Te hice canal, para regar.» Y con respecto a las hermanas: «Cada una tiene su perfume, su color, su forma, su tono diferente y particular. No hay que querer que todas sean iguales... Esta variedad es la que da la belleza al conjunto de este jardín. Hay que querer ayudar a cada una a ser lo que debe ser...»¹⁸²

María Eugenia y Teresa Emmanuel nos dan ejemplo de fidelidad al amor de Cristo y a su llamada, el sentido de la responsabilidad y de la sencillez del corazón en todas nuestras debilidades humanas. ¿Cómo no dar gracias por estas dos estelas que marcan la travesía de la barca común de la Asunción?

*«Los sentimientos diversos
que experimentamos
son como las diferentes
estaciones (...) y, como la noche
sucede al día y la lluvia al buen
tiempo, no debemos asombrarnos
de sentir en nuestra alma
oscuridades y tinieblas después
de las dulzuras y las luces.»*

Teresa Emmanuel
Instrucciones a las Novicias, volumen 1, p. 23

■ **179** Teresa Emmanuel, *Instrucciones a las Novicias, volumen 1*, p. 47, 1901: «Un Jesuita que aspirara a la perfección de un Cartujo sería un pobre Jesuita.»
■ **180** Teresa Emmanuel, *Instrucciones a las Novicias, volumen 1*, p. 63, 1901.

■ **181** Cf. Teresa Emmanuel, *Carta a una novicia*, citado en *Una Mística del siglo XIX, Madre Teresa-Emmanuel*, p. 124, 1901.
■ **182** *Una Mística del siglo XIX, Madre Teresa Emmanuel*, p. 117, 1901.

Como un árbol cuyas raíces se hunden en Cristo

«La unidad de espíritu» es importante para María Eugenia, que desea que haya acuerdo en el reglamento y que se comprenda de la misma manera, para vivir «con el mismo espíritu, en las mismas costumbres, de modo que todas estén en fiel unión con el centro»¹⁸³. En un capítulo de 1891, después de recordar las líneas generales de este espíritu, recomienda a las hermanas «guardar entre [ellas] ese vínculo fraternal tan poderoso, ese estrechamiento de los corazones en la unidad», considerando que el Señor es «un lazo dulce y fuerte» que las mantiene unidas.

Varias pruebas sacudirán todavía ese deseo de unidad: la marcha del Padre Combalot, el caso Véron, las dificultades derivadas de la fundación del Cabo... La misma Teresa Emmanuel, en 1849, fue tentada por un nuevo proyecto de fundación del Padre Combalot, las Religiosas contemplativas del Verbo encarnado. Esto no le impidió ser, con el tiempo, un gran apoyo de María Eugenia.

En el momento de la fundación de Richmond en 1850, mientras que las novicias de la región comienzan a llegar, algunas personas sugieren la idea de un noviciado inglés para facilitar la entrada de jóvenes en la Congregación. María Eugenia se resiste a esta idea «en el orden de mis funciones y para el verdadero desarrollo de la Congregación en el futuro, la unidad de espíritu pasa muy por delante de la presente expansión en cualquier lugar y ante cualquier persona»¹⁸⁴. El futuro está en juego: «Estamos obligadas a ver el futuro antes que el presente, sólo habrá futuro para la Congregación si tenemos sujetos sumamente formados y llenos del espíritu de unidad»¹⁸⁵.



E insiste: «Quiero que todas reciban, en la unidad de un mismo lugar, el espíritu con el que tienen que trabajar un día».

Volverá a la necesidad de pasar por la casa madre¹⁸⁶ cuando la familia de la joven Amy Howly, prima de Teresa Emanuel, rechace la idea de un noviciado en París¹⁸⁷.

Nada le «parecía más importante» que este Noviciado común, «especialmente cuando somos tan pocas.»¹⁸⁸

Sólo se abrirá un postulante en Inglaterra, Teresa Emmanuel se coloca al lado de María Eugenia: «¡Si supieras cuánta sed tengo de unidad contigo, y cuánto temo que se levante la más mínima nube (...) entre tú y yo!»¹⁸⁹. A una de sus novicias, Teresa Emmanuel le escribió sobre Richmond: «Es imposible que estemos más unidas a todas vosotras (...) la raíz de nuestra vida se hunde en la tierra de París, y es allí donde toma la energía que manifestamos aquí.»¹⁹⁰

Otro caso es emblemático de la lucha por la unidad. En octubre de 1885, Sor María de la Natividad, Superiora de Cannes, deja la Congregación en circunstancias complejas. Las circunstancias de esta salida¹⁹¹ causaron una grave crisis entre el Padre Picard y la superiora del Petit Couvent d'Auteuil, sor Luisa Eugenia. De hecho, después de muchas idas y venidas, la Superiora le devolvió a María de la Natividad unas cartas que reclamaba, a pesar de la prohibición del Padre Picard. Este último vio en ello un acto de desobediencia y pronunció una prohibición sobre el Petit Couvent el 2 de enero de 1886: retirada de la presencia del Santísimo Sacramento y del capellán.

■ 183 Marie Eugénie, Instrucción de Capítulo, 3 de septiembre de 1876.

■ 184 Marie Eugénie, Carta a Teresa Emmanuel, n°312, 18 de noviembre de 1850.

■ 185 Ibidem

■ 186 Cf. María Eugenia, Carta a Teresa Emmanuel, n° 312, 18 de noviembre de 1850.

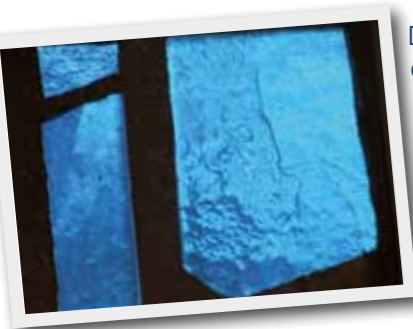
■ 187 Los Orígenes de la Asunción, III (Ed. 1900), p. 257.

■ 188 María Eugenia, Carta a Teresa Emmanuel, n°315, 16 de diciembre de 1850.

■ 189 Los Orígenes de la Asunción, III (Ed. 1900), p. 260.

■ 190 Los Orígenes de la Asunción, III (Ed. 1900), pp. 217-218.

■ 191 Cf. Partage Auteuil n°12, pp. 27-37.



Desde Cannes, donde estaba descansando, María Eugenia escribe al P. Picard en varias ocasiones, expresando su disponibilidad, reparando errores cometidos, pero presentando claramente la cuestión del gobierno¹⁹².

A su regreso, la situación es tensa con el P. Picard y con algunas hermanas. Monseñor d'Hulst, informado de la situación, considera a la Congregación «cansada de su Superiora General»¹⁹³ y pide la convocatoria de un Capítulo General que María Eugenia misma desea: «Estoy a disposición de mi Congregación, tanto en un sentido como en el otro»¹⁹⁴. Aunque Monseñor d'Hulst matiza su juicio después de una visita a Auteuil, María Eugenia, asegura que «nada puede restablecerse más que por la caridad»¹⁹⁵, mantiene la necesidad del Capítulo que permitirá ver «todas juntas lo que es mejor para la Congregación»¹⁹⁶.

Teresa Emmanuel demuestra una amistad inquebrantable: «Sufro contigo, querida Madre, y con lo que te hace sufrir; y quiero decírtelo en la unión de corazón que hay entre nosotras»¹⁹⁷.

Abrumada por el sufrimiento que se le impone a la fundadora, se inclina ante su actitud, «profundamente edificada y admirada por la paciencia, la humildad y el amor de [su] corazón», que recibe como «una gran lección»¹⁹⁸. Eco de la experiencia de María Eugenia, que vive una forma de Pasión: «Hay que llevar la cruz con amor y por amor, esto da una cierta alegría y me sostiene»¹⁹⁹. Esta última prueba sella la unión de los dos corazones²⁰⁰ y es María Eugenia quien tranquiliza a Teresa Emmanuel: «Si se quiso mi renuncia, ya no se quiere, el Capítulo la rechazará (...) No te angusties, muchas cosas redundarán en nuestro bien...»²⁰¹.

«Pongámonos bajo la mirada de Dios y hagámonos dignas de hacer su voluntad y recibir su luz»²⁰². Así abre la Superiora General el Capítulo Especial que ve fortalecida la unidad y clarificadas las relaciones con los Padres; aunque se necesite un poco de tiempo para disipar las nubes con el Padre Picard.

Juntas, María Eugenia y Teresa Emmanuel han aprendido a depender de Dios: «En quien abandonarse en nuestros asuntos. Los hombres faltan pero Dios nos queda»²⁰³, el único capaz de dar una esperanza inmensa y valiente. «Él puede obrar libremente. Estamos apoyadas sobre el mayor auxilio, al estar apoyadas en Él»²⁰⁴.



■ 192 Cf. María Eugenia, Carta al Padre Picard, n°11.652, 27 de enero de 1886.
■ 193 María Eugenia, Carta al Padre Picard, n°11.676, 1 de marzo de 1886.
■ 194 Ibidem
■ 195 María Eugenia, Carta a Teresa Emmanuel, n°1.089, 2 de marzo de 1886.
■ 196 María Eugenia, Carta a Teresa Emmanuel, n°1.094, 12 de marzo de 1886.

■ 197 Teresa Emmanuel, Carta a María Eugenia, 8 de marzo de 1886.
■ 198 Teresa Emmanuel, Carta a María Eugenia, 15 de marzo de 1886.
■ 199 María Eugenia, Carta a Teresa Emmanuel, n°1.095, 13 de marzo de 1886.
■ 200 Teresa Emmanuel, Carta a María Eugenia, 11 de marzo de 1886.
■ 201 María Eugenia, Carta a Teresa Emmanuel, n° 1.097, 23 de marzo de 1886.
■ 202 Cf. Partage Auteuil n°34, pp. 36-38.

■ 203 Teresa Emmanuel, Carta a María Eugenia, 19 de abril de 1886.
■ 204 Teresa Emmanuel, Carta a María Eugenia, 6 de enero de 1887.

«Según el ardiente deseo que imprimiste en mi corazón...»



Mujeres de fe, María Eugenia y Teresa Emmanuel sacaron la fuerza para avanzar, de la fuente de su relación con Cristo. Recibieron de Él el don de la perseverancia en las pruebas.

Desde el principio, el alma de Teresa Emmanuel es tomada por la vida mística; su conciencia de la grandeza de Dios y de su extrema pequeñez la hace pasar a menudo de la rebeldía al abandono. Un día, ante su turbación, el Padre Combalot la releva de todo voto; pero se siente mal en su libertad: «Hice todo para recuperarla, -dice María Eugenia-, dediqué horas, oré..., me atreví a hacerle hacer el voto de consagrarse a la gloria de Dios y elegir sólo un estado de vida por ese motivo. La paz, el fervor, regresaron con este acto de generosidad; y, desde entonces, siempre la he dirigido yo misma...»²⁰⁵ A pesar de su atención a Teresa Emmanuel, apenas sabe cómo acompañar esta intensa vida espiritual, tan diferente de la suya:

■ 205 María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, n°1.571, sin fecha.

«Este don de Dios que está en el fondo de mi corazón, que actúa y se desarrolla en las almas, es lo que admiro, lo que tanto me gusta contemplar, lo que me alegra, esperando poseerlo o, más bien, que yo sea poseída por ese don.»

María Eugenia
Carta al P. d'Alzon, 16 de septiembre 1842

«Dios le da una clase de oración que no conocía y me llevaba a desconfiar un poco de su imaginación. pero no había que quitarle la confianza en cómo Dios la conducía: de una pequeña resistencia, habrías pasado a una gran turbación»²⁰⁶.

En la Navidad de 1840, cuando las hermanas estaban en la misa de medianoche en la capilla de la Visitación, Teresa Emmanuel recibe la gracia

■ 206 María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, n°1.571, sin fecha.

del Sanctus: «¡Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus Sabaoth!»

Oye resonar esa palabra en su corazón durante toda la misa y la deja actuar en ella; será grabada en su anillo en el momento de su profesión. Le parece también que su alma debe ser «como un establo vacío, desnudo, azotado por todos los vientos, que debe despojarse para que Jesús nazca en ella»²⁰⁷.

Un día de agosto de 1843, Teresa Emmanuel confía a María Eugenia que, estando sola en la adoración, había sido como derribada interiormente a la vista de Jesucristo, que le decía: «Mi vida está crucificada, quiero poner mi vida en ti». En 1844, pasa toda la Cuaresma sin tomar nada, sólo un poco de té, por la noche, o la mitad de una manzana cocida, como Dios le había dicho.

Aunque quiere estar «abierta al libre paso de Dios» que es para ella «como el aire penetrante que rodea todo»²⁰⁸, experimenta también fuertes resistencias y profundas dudas. María Eugenia está desolada: «¿Qué me aconseja hacer por ella? dígame su opinión, ella se apoyará en la mía»²⁰⁹, escribe al Padre d'Alzon.

■ 207 Teresa Emmanuel, Cuadernos manuscritos, Navidad de 1840.
■ 208 Teresa Emmanuel, Cuadernos manuscritos, 28 de junio de 1842.
■ 209 María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, n°1.571, sin fecha.

En varias ocasiones, reconociendo la belleza de su alma, se abrirá a él sobre lo que sucede a Teresa Emmanuel, para un discernimiento más justo²¹⁰.

En enero de 1846, costándole convencerse de que sus estados no tienen nada que ver con la imaginación, aconseja a Teresa Emmanuel que escriba ella misma al Padre d'Alzon, que autentifique su experiencia²¹¹. Monseñor Gay la acompañará durante 40 años, animando su camino de santidad: «*Tu vida interior consiste en decir a Dios continuamente: ¡Amén! y si, como espero, la santa gracia de Nuestro Señor te lleva a añadir ¡Aleluya!, tu vida, ya buena, llegará a ser perfecta.*»²¹²

De la llamada a dejar a Cristo «*imprimir sus sufrimientos en su alma*», a estas palabras que a veces le resuenan cuando comulga - «*soy Yo quien está en ti*», Teresa Emmanuel no deja de abandonar su propia humanidad a la presencia de Cristo en ella, llegando a ser ella misma «*Emmanuel*», «*Dios con nosotros*». Misterio de un Dios que se entrega a través de una mujer frágil: «*Te he llamado con mi nombre porque quiero que mi ser esté en ti, que sea Yo el que viva en ti*»²¹³.



a Jesucristo: esto mismo es lo que domina nuestros puntos de vista sobre la educación.»²¹⁶

Ya hemos visto que la convertirá incluso en el fin, en el sello de la obra que funda.

Encuentra en Cristo el apoyo que necesita para mantenerse en una conducta recta. Cuando los escrúpulos o los impulsos de afectividad ciegan su mirada, se hace «*una brújula con las palabras más sencillas e indiscutibles del Evangelio*»²¹⁷. Desea «*mantener su alegría por la fidelidad interior a Jesucristo y la confianza en Él*», y apreciar mejor «*el gran tesoro*» que tiene en Él²¹⁸ para «*llevar la semejanza del hombre Dios...*»²¹⁹, que fue el modelo en la creación del hombre²²⁰.

Con realismo, cree que «*es Él, Dios quien forma en nosotros la semejanza con Jesucristo*»²²¹ a lo largo de nuestra existencia, pues un hombre solo no puede²²²; «*ninguna criatura llega a mostrar por completo el ideal divino...*»²²³ Para ella, la vocación del hombre, y en particular la vocación religiosa, es un camino constante hacia esta semejanza²²⁴.

María Eugenia, a su vez, invita a las hermanas a buscar el misterio del Señor, que da su color específico a su vida espiritual: «*lo que importa mucho es que vivas la vida interior en cualquiera de estos misterios*»²¹⁴. Por su parte, el misterio de la Encarnación la dinamiza toda entera: «*Oh, Dios mío (...), conforme a la esperanza y el ardiente deseo que has impreso en mi corazón, me ofrezco a Ti para depender y pertenecer siempre a tu sagrada Encarnación*»²¹⁵. La coloca en el fundamento del espíritu de la Asunción y de su dinamismo apostólico: «*Creo que estamos llamadas a honrar el misterio de la Encarnación y la persona sagrada de Jesucristo, y la adhesión de la Santísima Virgen*

■ 210 María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, 2079, 9 de junio de 1844.

■ 211 María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, 28 de enero de 1846.

■ 212 Monseñor Gay, Carta a Teresa Emmanuel, citada en *Una Mística del siglo XIX*, Madre Teresa-Emmanuel, p.147

■ 213 Citado en *Una Mística del siglo XIX*, Madre Teresa-Emmanuel, pp. 56-57.

■ 214 María Eugenia, Instrucción de Capítulo, 21 de diciembre de 1855,

■ 215 María Eugenia, Notas Intimas, n°188/01, 25 de marzo de 1843.

■ 216 María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, n°1.590, 28 de agosto de 1843.

■ 217 María Eugenia, Carta al padre d'Alzon, n° 3174, 2 de marzo de 1868.

■ 218 María Eugenia, Notas Intimas, n°156/01, 26 de abril de 1840.

■ 219 María Eugenia, Notas Intimas, n°168/01, de febrero de 1841.

■ 220 Cf. María Eugenia, Instrucción de Capítulo, 10 de marzo de 1878.

■ 221 María Eugenia, Instrucción de Capítulo, 3° domingo de Adviento, sin fecha.

■ 222 Cf. María Eugenia, Instrucción de Capítulo, 19 de noviembre de 1871.

■ 223 María Eugenia, Instrucción de Capítulo, 18 de abril de 1890.

■ 224 Cf. María Eugenia, Instrucción de Capítulo, 12 de octubre de 1883.

■ 225 Cf. María Eugenia, Carta al Padre d'Alzon, 16 de septiembre de 1842, Carta 1.561.

También recuerda a menudo que Dios habita en el hombre, que debe irradiar esta presencia escondida en él, que le marca con su impronta²²⁵. En un camino que va de la imitación a la unión por medio de la contemplación, somos como los pintores, que deben poner toda su atención en la observación del modelo para llegar a ser «otro Jesucristo»²²⁶.

Vuelve a menudo a la idea de que Dios se goza en cada hombre²²⁷, que está en el fondo del alma «como el sol brilla a través de un cristal»²²⁸ y que sus rayos deben penetrarla sin que los cubra un velo.

Evoca varias veces la imagen del cirio, la cera del hombre y la de Dios se mezclan para hacer sólo una²²⁹. La vida espiritual y la unión con Dios, en su Hijo Jesucristo, abren para ella un proceso permanente de transformación: «siento la necesidad de hacer una renovación completa en mí misma»²³⁰.

*«Si la hermana que pinta,
cuando hace un cuadro,
mirara al aire en lugar
de mirar su modelo,
si lo mirara sólo de lejos
y de manera vaga y general,
no haría nada parecido.
Del mismo modo, para conocer
a nuestro Señor y para formar
en nosotras su divina
semejanza, hay que acercarse
a Él y aplicarse a Él...»*

María Eugenia
Instrucción de Capítulo, 10 de marzo de 1877

El camino de santidad de María Eugenia se diseña a través de este deseo de semejanza, que transfigura su humanidad. Su alma, marcada por la fuerza, la perseverancia y la audacia emprendedoras, pero también por las preguntas, la sensibilidad y la conciencia de sus limitaciones, encontrará su destino final en este proyecto del fin de su vida: «¡Ahora, solo tengo que ser buena!»²³¹.



■ 226 María Eugenia, Instrucción de Capítulo, 23 de febrero de 1873, «La delicadeza positiva».

■ 227 María Eugenia, Instrucción de Capítulo, 1 de diciembre de 1889: «No hay sagrario donde Dios se goce tanto como en el alma humana».

■ 228 María Eugenia, Instrucción de Capítulo, 21 de diciembre de 1879.

■ 229 Cf. María Eugenia, Instrucción de Capítulo, 21 de enero de 1872.

■ 230 María Eugenia, Notas Intimas, n°227/01, Retiro solemne, 1867.

■ 231 Cf. Los Orígenes de la Asunción IV (Ed: 1902), p. 501.

Epílogo

Durante el Capítulo General de 1894, tornándose decisivo en su propia historia y en la de la Congregación, María Eugenia expuso, «en la plenitud de sus luces y de su sabiduría», según sor Marie Marguerite, su deseo de tener una Vicaria General para ayudarla, depositando así la carga que llevaba desde hacía 55 años: «soy vieja, los años me pesan, necesito tener cerca de mí una Madre para que me ayude.»

El Padre Odelin, Presidente del Capítulo, la invitó a utilizar este merecido descanso para «dar la última impronta a la obra que Dios [le] confió», al ser ahora su único papel «amar a sus hijas». Sor Marie Marguerite, Asistente General de sor María Celestine, que fue elegida Vicaria, escribió el 9 de septiembre de 1894 a la Congregación, poniéndose de relieve la unión, «el único y mismo ardiente deseo del bien que unía a las capitulares (...) para fortalecer el futuro de la Asunción al mantenerse fieles a su pasado.»

Cuatro años después, el 10 de marzo de 1898, María Eugenia entrega su último aliento después de un largo camino de despojo. Cuando María Celestine convoca el Capítulo general, escribe: «No se sustituye nunca a una Fundadora, se elige una sucesora para continuar la obra que ha dejado detrás de ella. Estos debieron de ser los sentimientos de los Apóstoles y Discípulos, llamados a designar a un sucesor de San Pedro, la cabeza dada por el mismo Jesucristo a su Iglesia (...) Así también nosotras, tenemos la dulce confianza: Nuestra Madre, esta Fundadora elegida por Nuestro Señor para nuestra Congregación, vivirá a través de todas las que serán llamadas a gobernarnos...»²³²

■ 232 Partage Auteuil n°34, pp.39-43

¿Quién fue el piloto durante estos sesenta años? Se podría decir que había dos, nuestras dos Madres... ¿O se han dejado guiar por el único piloto, el que es a la vez la nave, el fin y la brújula?

A ellas dos, a cada una de sus hermanas y al mismo Cristo, es a quienes Teresa Emmanuel rendía homenaje cuando escribía en una declaración a las novicias: «El piloto que conduce un barco tiene siempre los ojos fijos en la brújula para poder gobernar el navío; no se preocupa ni de las nubes ni del viento; pone toda su atención en mantenerse en la posición que debe guardar para lograr el fin del viaje, porque la vida de todos los pasajeros depende de la dirección que le da a su nave. Si queremos llegar al cielo, hay que tener una idea fija, llevar todo a ese fin y ofrecer todo lo que hacemos para nuestra santificación.»²³³



■ 233 Teresa Emmanuel, Instrucciones a las Novicias, vol.1, p. 207.

Glosario

Abbaye aux Bois

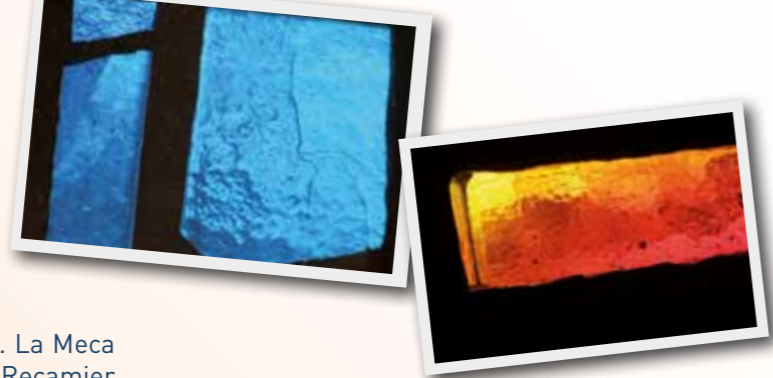
Convento de Canonasas de San Agustín. La Meca de los encuentros literarios. Madame Recamier tenía allí un salón y recibía las visitas de Chateaubriand, Lamartine y Balzac.

Monseñor Denis Auguste Affre (1793-1848)

Vicario general de París en el momento de la fundación. Siendo arzobispo de París, les da el hábito a las primeras hermanas, el 14 de agosto de 1840. Murió bajo las balas, en un intento de conciliación, durante la Revolución de 1848.

Padre Manuel d'Alzon (1810-1880)

Sacerdote en 1834. Vicario general en Nimes en 1835. Fundador de los Agustinos de la Asunción en 1845 y de las Oblatas de la Asunción en 1865. En 1841 se convirtió en consejero de María Eugenia y después, en su director espiritual. Su correspondencia es un valioso testimonio de la historia de nuestra Congregación.



Animadversiones

Término latino que designa las observaciones formuladas por las autoridades romanas sobre las Constituciones de las Congregaciones para su aprobación.

François-René de Chateaubriand (1768-1848)

Escritor y político francés. Publicó en 1802 El genio del cristianismo y René, dos obras importantes para el desarrollo del Romanticismo.

Padre Theodore Combalot (1797-1873)

Sacerdote en 1820. Discípulo de Lamennais, del que se separa en el momento de su condena. Después de una peregrinación a Sainte Anne d'Auray en 1825, dirige el proyecto de fundar una Congregación religiosa. Hizo un primer intento sin éxito con dos de sus hermanas.

Monseñor Jean Alexis Gaume (1797-1869)

Amigo del Padre Combalot. Confesor de Ana Eugenia en el monasterio de las Benedictinas del Santísimo Sacramento (1837-1838). Superior eclesiástico de la Congregación después del Padre Gros, de 1843 a 1849. Recibió los votos perpetuos de las primeras hermanas.

Félicité de Genlis (1746-1830)

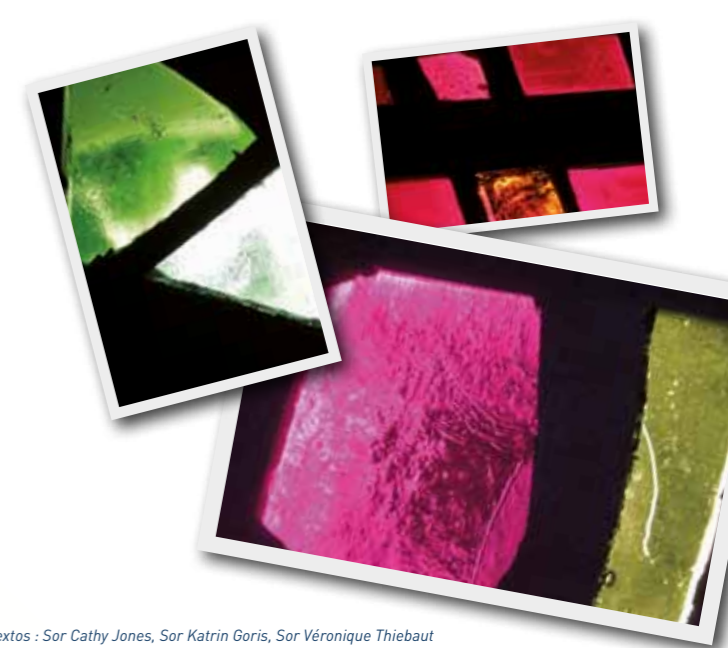
Mujer de Letras, se encargó de la educación del futuro Louis-Philippe. Escribió más de 80 obras históricas.

Padre Jean Nicaise Gros (1794-1857)

Vicario general de París con Monseñor Affre. Superior eclesiástico de las Religiosas de la Asunción tras la marcha del Padre Combalot, desde 1841 a 1843. Obispo de Versalles a partir de 1844.

Padre Henri Dominique Lacordaire (1802-1861)

Discípulo de Lamennais (del que se separa antes de su condena) y su colaborador en el diario L'Avenir. Sacerdote en 1827, recibe el hábito dominico en abril de 1839 en Roma. Más tarde, restaura en Francia la orden de los Hermanos Predicadores. Después de su primera reunión en 1836, María Eugenia se mantiene en contacto con él, rechazando a veces sus ideas sobre la vida religiosa.



Textos : Sor Cathy Jones, Sor Katrin Goris, Sor Véronique Thiebaut Religiosas de la Asunción

Ilustraciones : Documentos de los archivos y vidrieras de la Capilla de Auteuil

Fotografías : Sor Egle Tõma Gailiunaite

Fotolia.com p. 22/23 Fotoforfun, p. 40/41 Bitte, p.66/67 Jesus Arias, p. 90 Cliverna p. 7 Sean Curtin, p.10 <http://paris1900.lartnouveau.com> p. 27 Getty Images

Supervisión : Sor Teresa Maylis Toujouse, Archivera

Casa General de las Religiosas de la Asunción
17 rue de l'Assomption - 75016 Paris
<http://www.assumpta.org>

© 2016 - Todos los derechos reservados
Prohibida la reproducción y la reimpresión





Maison Générale des Religieuses de l'Assomption
17 rue de l'Assomption
75016 Paris

www.assumpta.org